

LO NIEGO, ME NIEGO, RENIEGO.
(PARA ACABAR A TIRO LIMPIO)

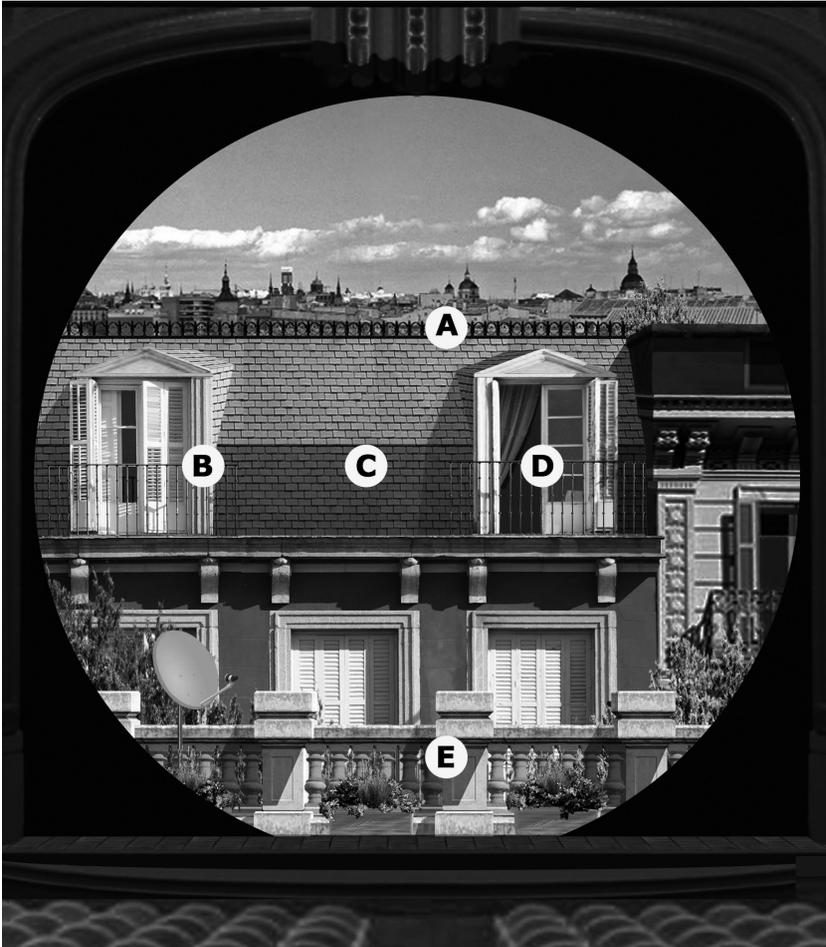
JESÚS CAMPOS GARCÍA

*A Manolo y Jesús Hontanilla, amigos
y compañeros en tantas y tan diversas
aventuras.*

www.jesuscampos.com



Al comenzar la representación, vemos los pisos altos de algunos edificios con una panorámica de la ciudad al fondo. Uno de estos edificios tiene un tejado de pizarra y dos balcones abuhardillados, entre los cuales hay una amplia cornisa. Y en primer término (situada en el proscenio) vemos la terraza de la casa de enfrente.



Posiciones a las que se hará referencia:

- A). Tejado de pizarra.
- B). Balcón de la casa de CONTRERAS.
- C). Cornisa.
- D). Balcón de la casa de la VECINA.
- E). Terraza del ático de enfrente.

Encaramado en la cornisa (posición C), vemos a un hombre de mediana edad (un potencial suicida). Viste pijama a rayas y parece tener frío.

De la calle llegan ruidos imprecisos de gente que se arremolina.

CONTRERAS.— Señora, ¿quiere quitarse de ahí? *(Pausa.)* Sí, usted, a usted le digo. ¿No ve que si me tiro puedo caerle encima? *(Para sí.)* Cómo son. *(Pausa.)* ¡Señora, que se aparte! *(Para sí.)* Guarra de mierda. *(Vuelve a asomarse.)* ¡Pues no me está poniendo nervioso...? *(Pausa.)* Oiga, que si lo que quiere es matarse, no tiene más que subirse y se tira por su cuenta, que aquí hay cornisa para dos. *(Para sí.)* De buena gana le pegaba un tiro. *(Dándose una palmada en la frente.)* ¡Ay, coño, la pistola! ¿Pero cómo se me ha podido olvidar una cosa así? Tenía que haber caído. ¡Qué fallo! Seguro que en la cárcel hubieran podido pasarme una sin problema. No es que el salto esté mal, un salto siempre impone, pero que con una pistola hubiera quedado mucho más lucido.

(Arrecian los ruidos de la calle.)

Y anda que cortan el tráfico... Siempre igual: toda la vida cubriendo sucesos y aún no he visto un suicidio como Dios manda. Ni una ambulancia, ni un cura, ni un agente... ¡Qué país! *(Mirando hacia abajo.)* Y que no se aparta. De buena gana me tiraba encima, a ver si la aplastaba. Y si no, al perro. ¿Eso es un perro? Eso es una rata. Vaya mierda de perro. Los perros así tenían que estar prohibidos.

(Ruido de niños.)

Lo que faltaba. Y vaya patulea. Los podían haber aguantado un rato más en el colegio. En cambio, los bomberos... Claro, que a saber si los han llamado. Es que ni la tele. Bueno, la tele... No han venido ni los del periódico. Y a ver a quién mandan. Se van a enterar. Les voy a dar un titular... Algo contundente. A ver qué se me ocurre. *(Queda pensativo.)* Sí, eso. Qué bueno. Mejor lo apunto, no sea que se me olvide. *(Se palpa los bolsillos.)* ¡Vaya por Dios!, ahora no tengo con qué. Iré a por un bolígrafo.

Hace ademán de saltar la barandilla del balcón para entrar en su casa (posición B),

cuando irrumpe la VECINA en el balcón contiguo (posición D). Lleva rulos en el pelo, viste una bata fucsia y calza zapatillas extremadamente abultadas con forma de conejo.

VECINA.— Hola, buenas.

CONTRERAS.— (Se vuelve sobresaltado.) ¡Joder! También la oportunidad.
(Y fuerza una sonrisa.)

VECINA.— ¿Y cómo usted por aquí? (Señalando la cornisa.)

CONTRERAS.— Pues ya ve.

VECINA.— O sea, que es verdad eso que dicen.

CONTRERAS.— Depende de lo que digan.

VECINA.— Que se va usted tirar. Que va a matarse.

CONTRERAS.— Pues mire, sí, en eso estoy.

VECINA.— ¡Pero de verdad, de verdad de la buena?

CONTRERAS.— (Irritado.) Si quiere, se lo firmo.

VECINA.— No daba crédito. Oiga usted, mire usted, escuche usted; es que me lo estaban contando y que no daba crédito.

CONTRERAS.— Pues... ya ve.

VECINA.— Un hombre tan serio. Y tan cabal. (Pausa.) Los amores, claro, que son muy traicioneros. Y que ya no hay mujeres como las de antes.

CONTRERAS.— (Resolviendo.) Bueno, mire, dejémoslo.

VECINA.— Y es que está el mundo... Hay que ver cómo está el mundo.

CONTRERAS.— Verá, tal vez en otro momento...

VECINA.— Por eso a mí nunca me gustó salir. Yo es que he sido siempre muy casera; que pa lo que hay que ver, pongo la tele... y allá películas. Y en eso estaba cuando me llamó doña Aurora: viendo una de risa.

CONTRERAS.— Pues ale, ale, a reírse. Por mí no lo deje.

VECINA.— Qué buenas las películas entonces. Ya sabe, las que hacían antiguamente. Pero a lo que iba: que estaba yo riéndome tan ricamente cuando suena el teléfono... y bueno, bueno, bueno, qué notición. A punto estuve de que me diera un soponcio. Es que fue descolgar y me suelta, así, de sopetón: «Tu vecino, que se tira». Pasmaíta me quedé. «Que se tira, chiquilla, que se tira», gritaba sin parar. «Noooo. No puede ser», le dije yo. «Que se tira y te lo vas a perder», me dijo ella. «¿Pero cómo

se va a tirar, con lo serio que es?». Porque es que *usté pa* mí, siempre ha *sío* una persona muy seria.

CONTRERAS.— Bueno, lo normal.

VECINA.— De pequeño, no le digo yo que no —que tampoco vamos a decir una cosa por otra—, pero fue crecerle el bigote y lo serio que se volvió. Y bueno, ella: «que salgas, que es muy emocionante», y yo: «que no, que me da mucho corte», y ella: «Que se tira, chiquilla, que se tira». Y así me ha *tenío*, erre que erre, hasta que me convenció.

CONTRERAS.— Pues qué bien.

VECINA.— Y que yo no hubiera salido: por estas. (*Y se besa la cruz formada por el índice y el pulgar.*) Que a una servidora no le gusta fisgar en la vida de *naide*; pero claro, tratándose de *usté*, hice un poder.

CONTRERAS.— (*Con retintín.*) No sabe lo que le agradezco el interés.

VECINA.— Por eso y porque insistía, que ya sabe *usté* cómo es doña Aurora.

CONTRERAS.— No, no lo sé.

VECINA.— ¿Cómo que no?

CONTRERAS.— Pues no, no tengo el gusto.

VECINA.— Sí, hombre, si la tiene *usté* que conocer. Que está casada con un viudo. (*Y mira hacia ambos lados para asegurarse la confidencialidad.*) Bueno, casada... *Arrejuntá*. Eso sí, con un señor de posibles, no se vaya *usté* a creer. Pero *arrejuntá*.

CONTRERAS.— Que no le digo que no, pero que no sé quién es.

VECINA.— (*Señalando la posición E.*) Pero si vive ahí enfrente: en el ático; que tiene que haberla visto en la terraza.

CONTRERAS.— ¿Una rubia?

VECINA.— Sí, una rubia muy rubia. De bote. Pero muy rubia.

CONTRERAS.— ¡Acabáramos!

VECINA.— ¿Ve? Si ya le decía yo.

CONTRERAS.— La guarra del perro.

VECINA.— Mismamente. Pero de guarra nada, que va ella va siempre muy *espercochá*.

CONTRERAS.— Todo lo *espercochá* que usted quiera. Ahora, el perro es un canijo.

VECINA.— Sí señor, un *chinagua* dice ella que es. Pero que es una fiera; que *to'* lo que *tié* de chico lo *tié* de malo, el *mu' condenao*. (*Enseñándole el tobillo.*) Mire, mire qué mordisco.

CONTRERAS.— Pues ahí los tiene. En primera fila. A la fiera... y al perro.

VECINA.— Huy, sí. (*Saluda con grandes aspavientos.*) ¡Eh, eh! (*A CONTRERAS.*) Ahora, lo mismo que le digo una cosa le digo otra: es una vecina..., buena, buena donde las haya; siempre pendiente de todo el mundo.

CONTRERAS.— De eso no me cabe la más mínima duda.

VECINA.— Y para muestra, un botón: que si no llega a ser porque tiene el detalle de avisarme... pues que me lo hubiera perdido. Vamos, que no lo hubiera visto.

CONTRERAS.— (*Tratando de resolver.*) Ale, pues ya me ha visto.

VECINA.— Y muy bien visto, si *señó*, las cosas como son. (*Duda entre retirarse o no.*) Claro que, ya que estoy aquí, si le puedo ayudar en algo...

CONTRERAS.— Gracias, pero no necesito nada.

VECINA.— Porque yo ya se lo dije a doña Aurora: «Vale, me asomo; pero solo para ofrecerme, por si le puedo ayudar en algo».

CONTRERAS.— Pues yo le digo, no necesito nada.

VECINA.— Sin cumplidos, ¿eh? *Usté* pida lo que se le antoje que, aunque nos hemos *tratao* poco, *usté* ya sabe que yo fui muy amiga de su santa madre, que en Gloria esté, y con eso me basta y me sobra para que yo le tenga ley. (*Mira hacia abajo, como por casualidad.*) ¡*Osú*, qué *barbaridá!*, pero si está todo el barrio.

CONTRERAS.— Sí, hay mucha animación.

VECINA.— Mire, mire, mire. (*Saludando a unos y otros.*) Es que están todos.

CONTRERAS.— (*Irónico.*) No sé, supongo que sí, no los he contado.

VECINA.— (*Sin dejar de saludar.*) Pues menos mal que me avisó. Que si no, menudo chasco, estar viviendo *paré* por *mitá* y perderme una cosa así, tan *señalá*.

CONTRERAS.— No pensé que pudiera interesarle. (*Con retintín.*) De haberlo sabido, la hubiera avisado personalmente.

VECINA.— (*Saludándola.*) Hasta la panadera, que no puede la pobre con sus piernas y mírela, ahí está. Es que no falta nadie.

CONTRERAS.— Los bomberos.

VECINA.— ¿Los bomberos?

CONTRERAS.— Sí, los bomberos. ¿Ha llamado alguien a los bomberos?

VECINA.— Ah, pues no sé.

CONTRERAS.— Pues lo primero que hay que hacer en estos casos es avisar a los bomberos. Cuando se ve que alguien se va a tirar desde

una cornisa, lo suyo es avisar a los bomberos.

VECINA.— ¿Para?

CONTRERAS.— (*Exasperado por la evidencia.*) Ellos tienen escaleras, que eso siempre crea ambiente; pero, sobre todo, para que pongan la lona.

VECINA.— ¿Pero *usted* no quiere matarse?

CONTRERAS.— Sí, pero es que con la lona se mata uno mucho mejor. Más cómodo.

VECINA.— Fíjese, pues no había caído yo en eso.

CONTRERAS.— Pues hay que caer. Que para eso están las emergencias, para llamarlas. ¿Le suena el 112?

VECINA.— (*Asiente.*)

CONTRERAS.— Pues eso. Se les hace una llamada y acude todo el mundo: los bomberos, las ambulancias, la Policía... Pero claro, si no les avisa nadie...

VECINA.— (*Cayendo en la cuenta.*) Eso a quien se le tiene que dar muy bien es a doña Aurora, que ella es muy dispuesta... (*Y se asoma al balcón para llamarla.*) ¡Aurora!

CONTRERAS.— Calle, por Dios.

VECINA.— (*Llamándola.*) ¡Eh, oiga!

CONTRERAS.— ¿Quiere callarse? Eso tiene que salir de ellos, ¿no ve que van a pensar que estoy pidiendo ayuda? Quedaría ridículo.

VECINA.— Pues lo haría encantada. (*Y la saluda sin más.*)

CONTRERAS.— Seguro. Eso seguro.

VECINA.— Vamos, que lo disfrutaría. Pues anda que no le gusta a ella organizar. En la comisión de festejos, como es la presidenta, se monta unos *tinglaos*...

CONTRERAS.— Mire, ya está bien de verbenas.

VECINA.— Que yo era por ayudar.

CONTRERAS.— Pues mire, si lo que quiere es ayudar, la mejor ayuda es que no ayude.

VECINA.— ¿No le estaré importunando?

CONTRERAS.— (*Amplio e irónico.*) ¿Por?

VECINA.— No, porque lo mismo está *usted* a punto de tirarse y estoy yo aquí, entreteniéndole con tanta cháchara.

CONTRERAS.— (*Sacando pecho.*) Usted por eso no se preocupe, que cuando yo diga de tirarme, a mí no hay quien me pare. (*Y hace como si fuera a saltar.*)

Se acrecienta el murmullo que sube de la calle.

VECINA.— Pues *usté* a lo suyo. Y en cuanto le dé el repente, por mí no se lo aguante.

La VECINA apoya los codos en la barandilla y se queda mirándole fijamente; al tiempo que CONTRERAS mira a la VECINA y al vacío alternativamente, sin decidirse.

VECINA.— Oiga, que si le distraigo, me meto. No quisiera yo que por mi culpa...

CONTRERAS.— (*Con ironía.*) Usted, en su balcón, es muy dueña de hacer lo que le venga en gana.

VECINA.— Es que a una servidora no le gusta molestar. Y que conste que, si me he quedado, ha sido por darle un ratito de conversación; pero que yo por mí, como comprenderá, hubiera preferido verlo desde abajo con las amigas. Que a ver qué pinto yo aquí sola después de que *usté* se tire. Pero claro, me dije, ¿y si necesita algo?

CONTRERAS.— (*Exasperado, pero para sí.*) ¡Que se vaya!, es lo que necesito.

VECINA.— Y por eso ha sido el quedarme. También por no perdmelo, que ya tendría guasa que se tirara mientras esté bajando en el ascensor.

CONTRERAS.— (*Recomponiéndose.*) Mire, si es por eso, baje tranquila, que yo la espero.

VECINA.— ¿Me esperaría?

CONTRERAS.— Por supuesto. Faltaría más. (*Para sí.*) Con tal de que se vaya...

VECINA.— (*No muy convencida.*) Verá, no sé, es que esto de matarse, si se deja para luego, puede uno arrepentirse. Y tampoco quisiera yo...

CONTRERAS.— Está decidido, y yo, cuando decido una cosa... Ahora, eso no quita para que pueda esperarla unos minutos.

VECINA.— (*Señalando su atuendo.*) Bueno, ¿sabe?, es que tendría que arreglarme.

CONTRERAS.— (*Perdiendo los nervios de nuevo.*) Mire, haga lo que tenga que hacer, pero hágalo ya de una vez y no le dé más vueltas.

VECINA.— (*Iniciando el mutis.*) ¿No le importa? (*Dubitativa.*) Es que no sé;

¿y si necesita algo?

CONTRERAS.— Créame que, en este momento, lo único que necesito es que entre, se arregle y se baje a la calle.

VECINA.— No, mire, mejor me quedo. No sea que luego se le ocurra alguna cosa y no tenga a quién pedírsela.

CONTRERAS.— (*Desesperado.*) ¡Pero señora, qué se me va a ocurrir?

VECINA.— Ay, no sé, lo que se le ocurra.

CONTRERAS.— (*Para sí.*) La mato.

VECINA.— Además, que lo hago con gusto.

CONTRERAS.— (*Para sí.*) Con gusto, la mataba yo.

VECINA.— Y por el recuerdo de su santa madre.

CONTRERAS.— (*Con fastidio.*) Que en Gloria esté.

VECINA.— Así que no se prive y pida *usté* lo que le antoje: una muda, un caldo, un empujón; en fin, lo que se le antoje.

CONTRERAS.— Es igual, déjelo, no se moleste.

VECINA.— Pero si no es molestia. (*Disponiéndose a ello.*) ¿Quiere que le empuje?

CONTRERAS.— (*Poniéndose a salvo.*) No, gracias, de verdad, no se moleste. (*Para sí.*) Señor, qué señora. (*A VECINA.*) Ahora, si no hay más remedio, prefiero un caldo.

VECINA.— ¿Ve?

CONTRERAS.— (*Frotándose los brazos.*) Sí, un caldo caliente me puede venir bien.

VECINA.— Y tanto, que menuda rasca.

Se escucha el timbre de la puerta, aunque muy débilmente.

VECINA.— Espere a ver, que parece que están llamando.

Quien sea repite la llamada. Ahora con insistencia.

VECINA.— Un momento, eh. (*Inicia el mutis, pero se detiene.*) Y *usté* no se tire, que ahora vuelvo. (*Mutis.*)

CONTRERAS.— Castigo de mujer. Una metomentodo, eso es lo que es. (*Pausa.*) A ver, a ver, ¿en qué estaba...? ¡Ay, coño, el titular! Tengo que darles el titular. Voy a apuntarlo antes de que lleguen los bomberos, no sea que se me olvide.

Hace de nuevo el intento de saltar al balcón

de su casa (posición B), pero se detiene al oír voces en la casa de la VECINA.

CONTRERAS.— ¿Quién será? (Tratando de adivinarlo.) Los bomberos, no; ni las ambulancias; que a esos se les oye venir. (No muy convencido.) ¿La Policía? (Buscando entre la multitud.) Esperemos que no sea doña Aurora. (Finalmente la localiza.) Menos mal que está ahí, con esa mierda de perro.

La VECINA sale al balcón (posición D) empujada por FOTO, un reportero gráfico que se abalanza hacia la barandilla y dispara su cámara sin mediar palabra, mientras CONTRERAS, estoicamente, se deja fotografiar.

CONTRERAS.— (Para sí, refiriéndose al fotógrafo.) Bueno, menos mal; que ya iba siendo hora.

VECINA.— (Detrás de FOTO.) Este señor tan simpático, que quería hacerle una foto.

CONTRERAS.— (Para sí.) ¡Una?

FOTO.— No le importa, ¿verdad?

CONTRERAS.— Pues claro que me importa, si voy a matarme es precisamente para eso, para que me hagan fotos. Y no uno, cientos de fotógrafos tenían que estar ya aquí.

FOTO.— Disculpe. Verá, yo es que necesitaría hacerle unas fotos, no sé, más...

CONTRERAS.— ¿Más dramáticas?

FOTO.— Más expresivas.

CONTRERAS.— Pues adelante; ¿a qué espera? (Dice adoptando una actitud melodramática.)

FOTO.— ¿No le importaría mirar al vacío?

CONTRERAS.— (Exagerando aún más el ademán.) ¿Así?

FOTO.— (Mientras dispara la cámara de forma compulsiva.) ¿Y mirándome a mí?

CONTRERAS.— (Mirándole con descaro.) ¿Le vale así?

FOTO.— Estupendo. Y ahora, como si estuviera diciendo algo antes de saltar.

CONTRERAS.— (Iracundo.) ¡Bueno, ya está bien! Usted haga lo que tenga que hacer, pero ni me diga que haga, ni me haga que diga. Que bueno está ya lo bueno.

FOTO.— Oiga, tampoco hay por qué ponerse así.

CONTRERAS.— Me pongo como me dé la gana. (*Para sí.*) ¡No te jode?

VECINA.— Por favor, repórtese. ¿Qué diría su santa madre?

CONTRERAS.— ¡Pues no quiere que pose?

FOTO.— No, si yo por mí... Pero ya sabe: el público tiene derecho a saber.

CONTRERAS.— ¿Ah, sí? Pues el que quiera saber, que suba y que se tire: que así es como de verdad se aprende.

FOTO.— (*Reparando en ello.*) Oiga, yo a usted le conozco.

CONTRERAS.— ¿Eso cambia las cosas?

FOTO.— No, pero que le conozco.

VECINA.— Bueno, es que este señor, así, en pijama, desmerece mucho; pero se pone una zamarra de esas que llevan ustedes y coge su cámara de fotos, y enseguida se le ve que es periodista, así como *usté*.

FOTO.— ¡O sea, que es del oficio? Con razón me sonaba su cara.

VECINA.— Es que el mundo es un pañuelo.

CONTRERAS.— ¡Sucio! Un pañuelo sucio. Vamos, un asco de pañuelo.

FOTO.— ¿Y trabaja en algún medio?

CONTRERAS.— En «La Voz de su Amo».

FOTO.— ¡Jo! Qué casualidad: yo también. Yo soy Foto. Habrá oído hablar de mí.

CONTRERAS.— Pues no.

FOTO.— Sí, hombre, del dominical. Nada, saraos y congresos; pura rutina.

VECINA.— (*Para sí.*) Lo que yo decía: un pañuelo.

CONTRERAS.— Sucio.

FOTO.— Aunque a mí lo que me gustan son los sucesos. No solo por la sangre, que también, sino por la variedad.

VECINA.— Bueno, yo, mientras ustedes hablan de sus cosas, voy a prepararle el caldo; que no crea que me había olvidado.

CONTRERAS.— Déjelo, pero si es igual.

VECINA.— ¿Cómo va a ser igual?

FOTO.— Oiga, pues eso del caldo puede estar muy bien.

VECINA.— Si le apetece, le traigo a *usté* también una tacita.

FOTO.— No, lo decía, por hacerle una foto con la taza en la mano.

CONTRERAS.— ¡Espléndido! Y ya de paso, anunciamos una sopa de sobre.

VECINA.— De sobre, nada; que aquí una servidora, el caldo de cocido lo hace con cocido. Y bien rico que me sale. ¡Vamos, hombre! ¡De sobre, dice! (*A FOTO.*) ¿Y qué, se anima?

FOTO.— Pues, mire, sí; que apetece tomar algo caliente. (*A la VECINA.*) Aunque tampoco conviene entretenerle demasiado. (*Aparte.*) No sea que se arrepienta.

VECINA.— (*Iniciando el mutis.*) Nada, si es solo calentarlo. (*Según sale.*) Estoy de vuelta en un periquete. (*Y hace mutis.*)

FOTO.— Una buena mujer. Y muy dispuesta.

CONTRERAS.— Sí, dispuesta a todo.

FOTO.— Ya veo que la conoce. Porque son vecinos, ¿no?

CONTRERAS.— Treinta años lleva tratando de entablar conversación. Aunque hasta hoy había conseguido evitarla.

FOTO.— Pues ya es evitar.

CONTRERAS.— Y eso que era amiga de mi santa madre. (*Pausa.*) Que en Gloria esté.

FOTO.— No sabe cuánto lo siento.

CONTRERAS.— Está muy fallecida. Vamos, que hace ya mucho tiempo que falleció.

FOTO.— Ah.

CONTRERAS Y FOTO.— (*Y tras una pausa, ambos dicen a un tiempo.*) O sea que trabaja en «La Voz de su Amo». (*Risas.*)

FOTO.— Qué coincidencia, ¿verdad?

CONTRERAS.— Sí, una suerte; así todo queda en casa.

FOTO.— Lo del dominical eran solo colaboraciones. Aunque no crea, encargos importantes.

CONTRERAS.— (*Con cierto fastidio.*) Pues no sabe cuánto me alegro.

FOTO.— Pero hace una semana me hicieron de plantilla.

CONTRERAS.— Pues no sabe lo que me sigo alegrando.

FOTO.— ¿Y a que no se imagina a qué sección me mandaron?

CONTRERAS.— A necrológicas.

FOTO.— ¡A sucesos!

CONTRERAS.— Pues eso.

FOTO.— Vamos, que ni a pedir de boca. Cuando me lo dijeron, por poco me da algo.

CONTRERAS.— Pues empezar con un infarto hubiera sido un gran comienzo.

FOTO.— Figúrese, yo en sucesos. Por lo visto, al anterior le dieron la papela.

CONTRERAS.— (*Fingiendo desinterés.*) ¿Ah, sí?

FOTO.— Un tipo raro, ya sabe.

CONTRERAS.— Pues no, no sé.

FOTO.— ¡Quería escribir editoriales! ¡Un fotógrafo! Y quería escribir editoriales. Para qué le digo más.

CONTRERAS.— Sí, mejor no me diga más.

FOTO.— Pues como lo oye. (*Pausa.*) Yo, para mí, que eso es falta de vocación. Manías de grandeza.

CONTRERAS.— Probablemente.

FOTO.— Aunque en la redacción decían que le hacía el juego a la competencia. Y algo de verdad puede que hubiera. O a ver, si no, cómo se explica que siempre llegara tarde.

CONTRERAS.— Pero si los fotógrafos no fichamos.

FOTO.— Con los reportajes. A los reportajes me refiero. Hay sucesos que se publicaron en el aniversario.

CONTRERAS.— O sea, que es así como lo cuentan.

FOTO.— Como lo oye. Ahora, eso sí, cuando lo despidieron, no se puede imaginar cómo se puso. Y eso que parecía una mosquita muerta. Bueno, ya se habrá enterado.

CONTRERAS.— Pues no.

FOTO.— ¿Pero cómo?, ¿es que no va por la redacción?

CONTRERAS.— Llevo de baja unas semanas. (*Señalando al vacío.*) Por las depresiones.

FOTO.— ¡Ah! Claro, comprendo. Pues ya verá cuando vuelva. (*Recapacita.*) Bueno, si es que vuelve.

CONTRERAS.— Difícilmente.

FOTO.— (*Confidencial.*) En confianza: yo que usted, atrasaba el suicidio un par de días.

CONTRERAS.— ¿Y eso?

FOTO.— No diga que ha sido idea mía, que si se enteran en el periódico de que voy por ahí atrasando las noticias, me la juego. Pero es que merece la pena. Yo que usted, no me mataba sin darme antes una vuelta por la redacción. Es que es digno de ver: los archivos, las mesas, las mamparas...; todo hecho añicos. Vamos. Un desastre.

CONTRERAS.— ¿Qué me cuenta?

FOTO.— Como lo oye. Tan mosquita muerta que parecía y resultó ser un energúmeno. Porque conocerlo, sí que lo conocerá.

CONTRERAS.— Pues...

FOTO.— Sí, hombre, si lo tiene que conocer. García Contreras, creo que se llama. Un tipo algo carroza.

CONTRERAS.— Sí, claro, por supuesto, cómo no lo voy a conocer. Y sí, lo

que usted dice: un carroza.

FOTO.— Pues lo ha dejado todo... Y si no, al «baranda».

CONTRERAS.— (*Haciéndose de nuevas.*) ¿A Mirandita?

FOTO.— Hecho una pena.

CONTRERAS.— ¿Le atizó a Mirandita?

FOTO.— Le arreó sopapos hasta en el carnet de identidad.

CONTRERAS.— Noooo.

FOTO.— Con decirle que le arrancó la oreja de un mordisco.

CONTRERAS.— Qué barbaridad.

FOTO.— Y que no había forma de que la soltara.

CONTRERAS.— Vamos, que le comió la oreja.

FOTO.— Casi. Porque la escupió. Algo masticada, eso sí, pero la escupió.

CONTRERAS.— O sea, que lo dejó *desorejao*.

FOTO.— Una fiera, se puso hecho una fiera.

CONTRERAS.— Vivir para ver.

FOTO.— Yo es que no le traté; puede que coincidiéramos, pero que no caigo en quién puede ser. Ahora, los que lo conocían, no salen de su asombro.

CONTRERAS.— Y, ¿qué ha sido de él?

FOTO.— En la cárcel está, ¿dónde quiere que esté? Prisión incondicional sin fianza. ¿Es que no lee la prensa?

CONTRERAS.— Pues mire, no. Me lo tienen prohibido. Por las depresiones.

FOTO.— Ya, claro. (*Y tras una pausa.*) El caso es que, al despedirlo, el puesto quedó libre y, mire por dónde, qué casualidad, allí estaba yo para cubrir la vacante. Cuestión de olfato.

CONTRERAS.— Sí, claro, hay que oler la sangre.

FOTO.— Ahí le duele. Yo es que la huelo. Esta mañana mismo, sin ir más lejos, estaría usted durmiendo todavía y ya venía yo de camino. Porque esa es otra: hay que anticiparse. Ya no vale con llegar al mismo tiempo que las ambulancias. Hoy día, para conseguir una primicia, hay que estar en el sitio antes que el muerto.

CONTRERAS.— Por supuesto.

FOTO.— Y es que esto de la prensa está muy mal. Se trabaja con mucha presión. No has acabado aún de retocar las fotos y ya están dando la noticia en los telediarios.

CONTRERAS.— Con la televisión es que no hay manera.

FOTO.— Si queremos ser competitivos, fíjese lo que le digo, si queremos

ser competitivos, tendremos que ser nosotros mismos los que provoquemos los accidentes.

CONTRERAS.— No sería una mala solución.

FOTO.— Es que va a ser la única forma de llegar los primeros.

CONTRERAS.— Y cómoda. Nada de andar por ahí de un lado para otro. Se echa un poco de aceite en el asfalto, y a esperar a que se estrellen.

FOTO.— Y no es que me obsesionen las exclusivas. Tengo muy claro que, para triunfar, lo importante es el estilo.

CONTRERAS.— Sí señor, el toque personal.

FOTO.— La foto de autor. Verá, a mí lo que me va es enrollarme con el encuadre.

CONTRERAS.— El encuadre es que lo es todo.

FOTO.— Y no crea que es fácil, porque como quedan en esas posturas tan... tan extrañas...

CONTRERAS.— Es que se tiran de cualquier manera. No son conscientes de que tenemos que fotografiarlos. Por cierto, ahora que estamos a tiempo: ¿prefiere alguna postura en especial?

FOTO.— Pues no sabría decirle.

CONTRERAS.— No le garantizo nada. Ya sabe cómo son estas cosas. Pero que si tiene alguna idea...

FOTO.— La verdad es que prefiero que caiga usted a su aire.

CONTRERAS.— Nada de trucos. Eso le honra. Un profesional, sí señor, un profesional.

FOTO.— Me abruma.

CONTRERAS.— Acuérdesse de lo que le digo: usted llegará lejos.

La VECINA sale al balcón (posición D) llevando una bandeja con dos tazones de caldo humeante. Se ha puesto un vestido tan fulgurante como la bata, si bien continúa con los rulos y las zapatillas.

VECINA.— Está... que resucita a un muerto.

FOTO.— Qué detalle.

CONTRERAS.— ¡Uhm! Huele muy bien.

VECINA.— (Dándoles las tazas.) Y mejor sabe.

FOTO.— No se vaya usted a creer que nos tratan así en todas partes.

CONTRERAS.— (Después de probarlo.) Riquísimo.

FOTO.— Sí señora, muy bueno.

VECINA.— Pues que les aproveche: que yo, mientras, voy a acabar de arreglarme. (A FOTO.) Y en cuanto se lo acaben, nos vamos para abajo. Porque *usted*, supongo se vendrá a la calle para verlo caer, que es mucho más lucido.

FOTO.— Pues la verdad es que no sé todavía dónde ponerme. (*Y queda pensativo.*)

VECINA.— Bueno, piénseselo mientras acabo. (*Y hace mutis.*) ¡Qué nervios, Señor! ¡Qué nervios!

CONTRERAS.— Entona. (*Apurando la taza.*) Entona el cuerpo.

FOTO.— (*Cayendo en la cuenta.*) Qué fallo, ¿pues no me había olvidado? (*Deja su taza en el suelo, toma la cámara y comienza a disparar.*)

CONTRERAS.— (*Simulando beber.*) ¿Está bien así?

FOTO.— (*Dispara.*) Baje un poco la taza, que le tapa la cara.

CONTRERAS.— (*Obedece.*) ¿Mejor?

FOTO.— Espléndido. (*Dispara.*) Esta va a ser la buena. (*Dispara.*) «El suicida y el consomé». Sería más exacto decir caldo de cocido, pero...

CONTRERAS.— Cierto, y más español.

FOTO.— Lo que pasa es que los pies de foto deben ser directos. Y concisos. Cuanta menos literatura, mejor; que la literatura siempre lo enreda todo.

CONTRERAS.— Aun así, no faltará quien diga que todo fue un montaje.

FOTO.— Seguro. Y mire que la cosa ha venido rodada.

CONTRERAS.— Qué difícil conseguir que las historias reales parezcan verdaderas. O si no, ahí lo tiene: «El suicida y el consomé», una verdad inverosímil. ¿No se preguntó nunca por qué lo verídico no siempre es verosímil?

FOTO.— Es que eso son problemas de columnista. Yo me limito a entregar la foto y listo. Vamos, que no tengo que andarme con esas sutilezas. Lo que sale en la foto... es lo que hay.

CONTRERAS.— Cierto: el mundo es una gran patraña, por eso son necesarios los plumillas; que si las cosas fueran como Dios manda, no habría necesidad de andar explicándolas.

FOTO.— Y tanto, con una buena foto sería suficiente.

CONTRERAS.— Afortunadamente, el mundo es cosa de locos, y gracias a eso hay trabajo para todos. O si no, que se lo pregunten a los tertulianos (*Pausa.*) ¿Sabe que yo empecé de columnista?

FOTO.— No me diga.

CONTRERAS.— Periodismo de investigación. Bueno, entonces no se le daba ese nombre tan rimbombante; pero así fue como empecé.

FOTO.— Y, ¿cómo es que lo dejó?

CONTRERAS.— Me di un golpe en la cabeza, un accidente, y desde entonces se me desconciertan las ideas. Momentáneamente, solo momentáneamente; pero...

FOTO.— Qué pena.

CONTRERAS.— Y estaba muy bien considerado. Con decirle que llegué a ser confidente de la Policía.

FOTO.— ¿En serio?

CONTRERAS.— Como lo oye. Mi padre también lo fue. Pero con Franco, que eso es ya otro nivel.

FOTO.— Qué interesante.

CONTRERAS.— Él fue quien me introdujo en este mundillo. Tenía muy buenos contactos, que yo he procurado conservar; que en este oficio, si no estás a bien con los de atestados, es que no te comes una rosca.

FOTO.— Ya, ya me he dado cuenta.

CONTRERAS.— Aunque claro, cuando alternaba con los de la social, la cosa tenía otro calado.

A lo lejos se escucha una sirena y ambos miran en esa dirección. Arrecia el murmullo de la multitud.

CONTRERAS.— Bueno, menos mal que esto empieza a animarse. Ya empezaba a temer que no les hubieran avisado. O que se hubieran olvidado de venir, que tampoco sería de extrañar.

FOTO.— ¿Qué me aconseja? ¿Espero a que extiendan la lona para sacarla desde aquí, o me bajo a tomar posiciones antes de que llegue la competencia?

CONTRERAS.— ¿La lona? No creo que sean los bomberos. Las primeras en llegar son siempre las ambulancias. Como van por libre, o se dan prisa o se van de vacío.

FOTO.— En cualquier caso, tendré que decidir dónde me pongo.

CONTRERAS.— Abajo, abajo.

FOTO.— ¿Usted cree?

CONTRERAS.— Sí, claro, hágame caso. Mucho mejor abajo, dónde va a

parar. Desde abajo puede sacar un plano general según vaya cayendo, y luego ya se ensaña con los primeros planos.

La VECINA se asoma al balcón con los rulos a medio quitar.

VECINA.— No, si al final nos van a coger a medias. ¡Es que esto es peor que una boda!

CONTRERAS.— No se agobie, mujer, que yo la espero.

VECINA.— (*Refiriéndose a los consumés.*) ¿Terminaron ya? (*A CONTRERAS, según coge del suelo la taza de FOTO.*) Pues ande, traiga que me las lleve.

CONTRERAS.— Tome. (*Y se la da a FOTO.*)

FOTO.— (*FOTO la coge y se la pasa a la VECINA.*) Sí, no sea que se caigan y desgraciemos a alguien.

La sirena, cuya intensidad ha ido aumentando según se acercaba el vehículo, deja de sonar bruscamente cuando este se detiene.

CONTRERAS.— ¿Ve, como era una ambulancia?

FOTO.— Sí, ya veo que está puesto. Vamos, que controla.

VECINA.— (*Que ya entraba en la casa, se vuelve a mirar.*) Menos mal, temía que fueran los bomberos. (*Para sí.*) De todas formas, habrá que darse prisa. (*Angustiada, se apresura a entrar y aún grita desde dentro.*) ¡Acabo enseguida!

FOTO.— Bueno, le dejo. Me hubiera gustado sacar una de la lona desde arriba, pero parece que tardan, y lo mismo prefiere tirarse ahora que ya ha llegado la ambulancia.

CONTRERAS.— En realidad, no tengo prisa. Creo que aún me lo pensaré un rato.

FOTO.— Sí, pero tampoco se entretenga demasiado, no sea que no lleguemos al cierre de la edición.

CONTRERAS.— Trataré de encontrar el momento oportuno.

FOTO.— Y también por las teles: que no se me adelanten. (*Mira hacia abajo, y reacciona.*) ¿Ve?, ya están ahí. ¿Ve las cámaras? Cómo son. Es que son como buitres. (*Con prisa.*) Bueno, le espero abajo. (*Y sale precipitadamente.*)

CONTRERAS.— Sí. Ahora nos vemos. (*Recapacita.*) ¿Qué tenía que hacer yo? (*Reacciona.*) Ah, sí, el titular. «El virus no existe» sería un

buen comienzo. Aunque, a estas alturas, quién se acuerda ya del virus. Mejor me centro en la cosa económica. No una conferencia, claro. Pero sí algo sobre la corrupción, que eso siempre queda bien. En fin, no sé, tendré que improvisar sobre la marcha. Lo importante son las octavillas. (*Coge una bolsa con panfletos del interior del balcón.*) Y a ver si no me olvido de tirarlas; no me vaya a pasar como con la pistola. ¡Esta cabeza! Y el salto, claro; aunque eso no creo que se me vaya a olvidar; que ya tendría delito. El más lucido es el salto del ángel. (*Y, poniendo los brazos en cruz, hace ademán de ir a saltar.*) Como en la piscina.

Murmillos de la muchedumbre. Los postigos del balcón de su casa (posición B) se abren de par en par, y entra, hecho una furia, el Santo ÁNGEL de la Guarda.

ÁNGEL.— ¡Alto ahí! ¡¿Qué vas a hacer?!

CONTRERAS.— ¡Coño! (*Sobresalto y pérdida de equilibrio que le ponen en serio riesgo de caerse.*)

ÁNGEL.— Detente, insensato. O irás al infierno de cabeza.

El ÁNGEL (túnica blanca algo corta, sandalias plateadas, alas emplumadas y halo dorado sobre el pelucón rubio) no es nada angelical, sino más bien algo estrafalario.

CONTRERAS.— (*Sobreponiéndose, trata de recuperar el equilibrio, agarrándose a la barandilla del balcón D.*) Joder con el cura, qué forma de entrar.

ÁNGEL.— (*Menos vehemente.*) ¿Pero se puede saber qué locura es esta? Una persona tan razonable.

CONTRERAS.— ¿Yo? ¿Razonable yo? Yo nunca he sido razonable. Ni lo soy, ni lo he sido, ni pienso serlo. Vamos, hombre, razonable. Qué forma de insultar.

ÁNGEL.— (*Sin dejar de consultar su cuaderno de notas.*) Ah, ¿no? Entonces, di, ¿qué eres? Venga, dilo.

CONTRERAS.— Un revolucionario; eso es lo que soy.

ÁNGEL.— ¡Ja! Qué más quisieras tú. Vale que me haya pasado con lo de razonable, ¿pero revolucionario? ¡Un simple! Eso es lo que

eres; y estoy siendo indulgente.

CONTRERAS.— Cómo se nota que no me conoce.

ÁNGEL.— Más de lo que te imaginas. (*Enseñándole el cuaderno.*) Te sorprenderías si vieras la de cosas que tengo aquí apuntadas.

CONTRERAS.— ¿Ha estado espiándome?

ÁNGEL.— Haciendo informes para el Altísimo, como es mi obligación. Y, aunque algo necio, siempre te tuve por una persona sensata.

CONTRERAS.— Me confunde con otro.

ÁNGEL.— (*Duda un momento.*) No creo. A ver. (*Consulta el cuaderno.*) ¿Lucio García Contreras?

CONTRERAS.— Servidor.

ÁNGEL.— (*Respira.*) ¡Uf! Temí haberme equivocado. Esto del pluriempleo...

CONTRERAS.— Pero que ese sea mi nombre no significa que yo tenga que ser una persona sensata.

ÁNGEL.— ¿Ah, no? (*Esgrimiendo el cuaderno.*) Pues aquí dice que has sido cofrade del Santo Cristo del Espino, miembro de la Adoración Nocturna, arquero de la Organización Juvenil Española y socio del Real Madrid.

CONTRERAS.— Bueno, sí; pero eso fue cuando era joven. Debería actualizar sus datos, porque ahora soy un extremista: un revolucionario, para qué le digo más.

ÁNGEL.— Y eso, ¿desde cuándo?, ¿desde esta mañana?

CONTRERAS.— Desde que se inventaron la pandemia.

ÁNGEL.— ¿Así, de repente?

CONTRERAS.— Tuve una revelación.

ÁNGEL.— ¿Una revelación? (*Lanzándose sobre él.*) Ven aquí, que te voy a dar yo a ti revelación.

CONTRERAS.— (*Retrocediendo.*) ¿Quiere estarse quieto? ¿No ve que me va a tirar?

ÁNGEL.— (*Señalando hacia abajo.*) ¿Te parece bonito el lío que has armado?

CONTRERAS.— Oiga, estoy en mi casa. Bueno, en mi cornisa. Y yo en mi cornisa puedo hacer lo que me da la gana.

ÁNGEL.— ¿Pero es que no te das cuenta de que hay niños mirando?

CONTRERAS.— Estoy vestido.

ÁNGEL.— No me refiero al sexto. Atentas contra el quinto.

CONTRERAS.— ¿El sexto?, ¿el quinto? ¿Qué quinto es ese?

ÁNGEL.— No matarás.

CONTRERAS.— ¿Y a mí qué me cuenta? Yo no he matado a nadie.

ÁNGEL.— Vas a matarte tú.

CONTRERAS.— Bueno, sí, ¿y qué? (*Señalando.*) Ah, y a esa señora, si no se aparta. Pero eso no es pecado.

ÁNGEL.— ¿Ah, no?

CONTRERAS.— Para los héroes como yo, matarse es una heroicidad. Y si ella se empeña en ponerse debajo..., pues que sea lo que Dios quiera.

ÁNGEL.— ¡Blasfemo! ¡Irreverente!

CONTRERAS.— Bueno, mire, no me caliente la cabeza, que luego me falla la memoria, y tengo una misión que cumplir.

ÁNGEL.— ¿Escandalizar a esas criaturas es para ti una misión?

CONTRERAS.— Un momento, un momento: el escándalo lo están armando ellos, que mucha distancia de seguridad para entrar en el colegio y mire ahora la que tienen liada. Podrían tener un poco de respeto, vamos, digo yo.

ÁNGEL.— ¡Respeto?

CONTRERAS.— Además, si todos hubieran actuado como es debido, habríamos acabado mucho antes de que salieran del colegio. Pero, ¿cuándo ha llegado la ambulancia? Nada, hace un momento. ¿Y los bomberos, eh?, ¿dónde están los bomberos? Usted mismo tenía que haber venido hace más de una hora, y no solo es que llegue tarde, es que mire además cómo llega: vestido de fantoche. ¿Esto es organización?

ÁNGEL.— En cuanto me avisaron. He venido en cuanto me avisaron.

CONTRERAS.— Esto es un cachondeo.

ÁNGEL.— No te digo que no; y que sí, que puede que tengas razón: pero ya estoy aquí, y ahora lo importante es evitar que te condenes al fuego eterno.

CONTRERAS.— Sin problema. Está todo pensado. El otro día me hice *asnóstico*, y así ya no hay condenación que valga.

ÁNGEL.— A ver a ver a ver, ¿cómo es eso?

CONTRERAS.— Sí, que los *asnósticos* no nos condenamos.

ÁNGEL.— ¡Ja! Que te crees tú eso. Estás bautizado, y el que está bautizado, si muere en pecado mortal, se condena.

CONTRERAS.— Pues vaya gracia.

ÁNGEL.— Es que, si no, sería muy fácil. Otra cosa ya son los infieles; ahí sí que hay ya más manga ancha. Ahora, si estás bautizado, tienes que andarte con mucho ojo, porque a la más mínima te condenas.

CONTRERAS.— Pues me parece una putada.

ÁNGEL.— Habértelo pensado antes de bautizarte.

CONTRERAS.— Oiga, que yo no me bauticé, que a mí me bautizaron.

ÁNGEL.— ¡Lo que nos faltaba!, que pudiera uno desapuntarse cuando le viniera en gana.

CONTRERAS.— (*Tratando de negociar.*) Mire, padre, no es por hacerle un feo, pero digo yo: ¿no habría forma de llamar a un psicólogo para que le reemplazara?

ÁNGEL.— ¡Un psicólogo? Pero hombre, donde se ponga un ángel de la guarda... ¡Un psicólogo! Pero cómo vas a comparar.

CONTRERAS.— Yo ya contaba con tener a alguien por aquí, dando la vara; e incluso me había hecho a la idea de que fuera un cura. No pensé que pudiera venir disfrazado, pero que lo daba por hecho. Ahora, visto lo visto, creo que va a ser mejor llamar a un profesional. A alguien más al día, no sé, más moderno.

ÁNGEL.— ¡Más moderno? Pero si estamos a la última.

CONTRERAS.— No, si no se lo discuto.

ÁNGEL.— (*Dándose importancia.*) Por *wasap* me avisaron a mí. Más moderno, dice.

CONTRERAS.— Pues llega con retraso. (*Mostrándole el reloj.*)

ÁNGEL.— Se les había caído el servidor. Pero fue ver el mensaje y me vine volando. (*Dice moviendo las alas.*) Drones, carpetas en la nube, informes encriptados... De todo, hacemos de todo para actualizarnos. Y porque somos invisibles y no se nos ve, pero cada vez que te crees que estás pecando a solas, yo estoy a tu lado haciendo un selfí.

CONTRERAS.— (*Sorprendido y ofendido.*) Pues vaya un modo de respetar la intimidad.

ÁNGEL.— Es que tengo que aportar pruebas para el Juicio Final. Y ahora que tenemos más medios... (*Y sin más, saca el móvil y dispara la cámara.*)

CONTRERAS.— Mire, por mí puede hacer los selfis que quiera, pero déjeme tranquilo, que necesito tiempo para perfilar el titular.

ÁNGEL.— ¿El titular? ¿Qué titular?

CONTRERAS.— Mi mensaje al mundo. Ya, ya sé que tenía que haberlo preparado antes, pero se me olvidó, y ahora no tengo tiempo para mascaradas.

ÁNGEL.— ¿Mascaradas?

CONTRERAS.— A ver si no, con esas pintas.

- ÁNGEL.— (*Sorprendido.*) ¿Es que no te gusta? (*Refriéndose a la túnica.*)
- CONTRERAS.— Para un carnaval... ¿Pero usted se ha visto? Vale que se actualicen; ahora, una cosa es quitarse la sotana y otra ponerse ese disfraz.
- ÁNGEL.— ¿Qué disfraz? ¿Qué sotana? No entiendo nada.
- CONTRERAS.— (*Dudándolo.*) Porque usted será el párroco, ¿no?
- ÁNGEL.— Tu Ángel de la Guarda es lo que soy.
- CONTRERAS.— ¿Me toma por imbécil?
- ÁNGEL.— ¿Es que no me crees?
- CONTRERAS.— Por supuesto que no. ¡Mi ángel de la guarda! En qué cabeza cabe...
- ÁNGEL.— Pues lo soy. ¿O cómo crees, si no, que he podido entrar en tu casa, si no es porque soy tu Ángel de la Guarda?
- CONTRERAS.— ¿Y por qué no iba a poder entrar? ¿Qué problema hay?
- ÁNGEL.— La puerta está cerrada.
- CONTRERAS.— Pudo abrirle el portero. Él tiene una llave.
- ÁNGEL.— ¿Y la cadena? Porque cerraste por dentro. ¿O no?
- CONTRERAS.— Mire, no me lie.
- ÁNGEL.— No, dime. ¿Echaste la cadena, sí o no?
- CONTRERAS.— (*Desconcertado.*) Sí... la eché.
- ÁNGEL.— (*Triunfal.*) Pues ahí lo tienes: soy tu Ángel de la Guarda.
- CONTRERAS.— Pudieron descerrararla los bomberos.
- ÁNGEL.— Sabes muy bien que no han llegado todavía. Es más, puede que ni siquiera les hayan avisado.
- CONTRERAS.— (*Seramente alarmado.*) ¿Usted cree?
- ÁNGEL.— Suele pasar.
- CONTRERAS.— No, si tenía que haberles llamado yo. ¡Qué chapuza, Señor, qué chapuza! Y es que lo suyo es saltar con la lona. Saltar a pelo es tercermundista. Además, que te puedes matar. Ahora, esto me pasa por querer dar ejemplo.
- ÁNGEL.— ¿Ejemplo de qué? Vergüenza me daría a mí...
- CONTRERAS.— Oiga, pues si le da vergüenza, no se tire. Pero déjeme a mí que me tire a gusto.
- ÁNGEL.— (*Tratando de contemporizar.*) Y digo yo: ¿por qué en vez de estar aquí, a la intemperie, con el día tan frío que hace, no nos vamos adentro, al calorcito, y charlamos en casa más tranquilamente?
- CONTRERAS.— Mire, padre, o ángel, o lo que sea: no me toque las narices.
- ÁNGEL.— Es que aquí te puedes resbalar.

CONTRERAS.— (*Sobrepasado.*) No le pasa a nadie. Lo que me pasa a mí no le pasa a nadie.

ÁNGEL.— Lo digo por tu bien.

CONTRERAS.— ¿Pero a usted quién le ha dado vela en este entierro?

Durante el transcurso de la escena, ambos irán subiendo el tono; ya, de por sí, delirante.

ÁNGEL.— Tú.

CONTRERAS.— ¿Yo?

ÁNGEL.— Sí, tú. Tú fuiste quien me pidió que me ocupara de ti.

CONTRERAS.— ¿Ve cómo me confunde con otro? Jamás he hablado con usted.

ÁNGEL.— ¡Ah!, ¿no?

CONTRERAS.— Por supuesto que no.

ÁNGEL.— Todas las noches. Y durante años.

CONTRERAS.— ¡Venga, hombre!

ÁNGEL.— No es posible que no te acuerdes.

CONTRERAS.— Pues no, no me acuerdo.

ÁNGEL.— Pues no será porque no eras pesado; todas las noches con lo mismo.

CONTRERAS.— ¿Yooooo?

ÁNGEL.— «Ángel de la Guarda,
dulce compañía,
no me desampares
ni de noche, ni de día».

CONTRERAS.— ¡Acabáramos!

ÁNGEL.— Nunca te ibas a la cama sin rezar tus oraciones.

CONTRERAS.— ¡Pero si de eso hace ya más de cincuenta años!

ÁNGEL.— ¿Y qué? Era una petición formal.

CONTRERAS.— Además, yo era un niño.

ÁNGEL.— Con mayor motivo.

CONTRERAS.— No era responsable de mis actos.

ÁNGEL.— ¿Es que lo eres ahora?

CONTRERAS.— Hacía lo que me mandaban.

ÁNGEL.— Pedías ayuda.

CONTRERAS.— ¡¿Ayuda?! No pedía absolutamente nada. Era una oración.

ÁNGEL.— Era una oración pidiendo ayuda.

CONTRERAS.— Pues como todas las oraciones. Un pedir por pedir, pero

desde el convencimiento de que no te lo van a dar. Y eso es tanto como no pedir nada.

ÁNGEL.— ¿Nada? «No me desampares». Es que es muy fuerte: «no me desampares». Y dice que no pedía nada. En fin, tú tómatelo como quieras, pero que conste que yo he venido en tu auxilio. «No me desampares», y aquí estoy yo. Como un clavo. Dando la cara a la primera dificultad.

CONTRERAS.— ¡A la primera dificultad? Esto sí que es bueno. ¿Y dónde estuvo todos estos años? La hipoteca, el divorcio, cuando me rompí la cabeza... A la primera dificultad, dice.

ÁNGEL.— A la primera dificultad que me incumbe. Los ángeles no podemos intervenir en cuestiones terrenales. Nos lo tienen prohibido.

CONTRERAS.— A ver si somos serios. ¿Pretende hacerme creer que ha venido a salvarme solo porque le recé unas jaculatorias cuando era un crío?

ÁNGEL.— Precisamente. Por eso y por la estampita.

CONTRERAS.— ¡¿Pero qué estampita?!

ÁNGEL.— La de tu primera comunión. Y anda que no lo ponía bien claro: «Yo te pido Ángel bendito que me libres y me salves de las trampas del Maldito».

CONTRERAS.— Pero eso son cosas que se dicen.

ÁNGEL.— ¿Que se dicen? Por escrito. Lo ponía por escrito. Y eso, para mí, es como un contrato.

CONTRERAS.— No, me niego. No puede venir ahora, cincuenta años después, invocando el valor jurídico de una estampita de primera comunión.

ÁNGEL.— ¿Y por qué no?

CONTRERAS.— Pues porque no, porque no es el momento. Y porque no estoy yo ahora para estampitas. Por eso.

ÁNGEL.— (*Indignado.*) Pero bueno, ¿tú qué te crees que es un ángel?, ¿eh?

CONTRERAS.— Ni lo sé, ni me importa.

ÁNGEL.— (*Fuera de sí.*) Pues para que lo sepas: los ángeles somos seres muy serios y muy perseverantes. Y con muy buena memoria. Aunque hubieran pasado mil años, fíjate bien lo que te digo, aunque hubieran pasado mil años, igual habría venido. Menudos somos los ángeles. ¡Ah! Y tenlo muy presente: no aceptamos el no como respuesta.

CONTRERAS.— Ya. Ya lo veo, ya.

ÁNGEL.— Además, si antes eras jovencito, ahora eres talludito, y nosotros estamos tanto a las duras como a las maduras. Así que vete haciendo a la idea, porque he venido a salvar tu alma y, tanto si te gusta como si no, yo de aquí no me muevo hasta que no te la salve.

CONTRERAS.— Bueno, pues usted salve todo lo que le venga en gana, pero déjeme a mí que organice mi suicidio como más me conveniga.

ÁNGEL.— ¿Pero quieres dejarte ya de sandeces, que lo único que estás consiguiendo es hacer el ridículo?

CONTRERAS.— A que me tiro. *(Aunque no hace ni el amago.)*

ÁNGEL.— Qué te vas a tirar ni te vas a tirar; pero si estás pidiendo a gritos que te salven.

CONTRERAS.— ¿Yo? Pues para que lo sepa: ni usted se está enterado de nada ni yo se lo voy explicar, pero hoy aquí van a pasar cosas tremendas. Y acuérdense de lo que le digo: gracias a este acto heroico que usted quiere impedir, puede que se resuelvan muchos de los males de este mundo.

ÁNGEL.— ¿Pero qué males vas a arreglar abriéndote la crisma?

CONTRERAS.— ¡No me tire de la lengua, no me tire de la lengua...!

ÁNGEL.— Anda, vamos para adentro. Insensato, que eres un insensato. Vamos para adentro y lo hablamos tranquilamente.

CONTRERAS.— No insista, es inútil. No pienso darle más explicaciones.

ÁNGEL.— Vamos, hijo, deja ya de hacer el payaso, que mira el circo que estás montado. *(Y según mira hacia abajo...)* Qué vergüenza: vendiendo palomitas. A lo que hemos llegado: la gente comiendo palomitas mientras espera a que te mates.

CONTRERAS.— Yo no soy responsable del mundo en el que me ha tocado vivir.

ÁNGEL.— Pero sí de tus actos.

La VECINA, acelerada, sale al balcón (posición D), tratando de quitarse los rulos de la cabeza.

VECINA.— Dichosos pelos. Nada, que se enredan. *(Al reparar en el ÁNGEL.)*
Ah, perdone, no sabía que tuviera visita.

CONTRERAS.— Sí, bueno... *(Sin saber cómo resolver la situación.)* Pero no se

preocupe, es de confianza.

VECINA.— (Al ÁNGEL.) No tengo el gusto, ¿verdad?

ÁNGEL.— Pues no. No creo.

CONTRERAS.— (Sin saber cómo explicarlo.) Es... es mi...

VECINA.— Su Ángel de la Guarda, ¿no?

CONTRERAS.— (Rindiéndose.) Eso es lo que él dice.

VECINA.— Encantada.

CONTRERAS.— (Al ÁNGEL.) Aquí, mi vecina.

ÁNGEL.— (Sin apartar la vista del escote.) Un placer.

CONTRERAS.— Oiga, para ser un ángel, se le van los ojos más de la cuenta.

ÁNGEL.— (A la VECINA, sin darse por aludido.) ¿Y cómo ha sabido quién soy?

VECINA.— Pues no sé. Es que fue verle y me dije: este va a ser su Ángel Custodio, que no puede faltar en un acto así, tan *señalao*. Pero más que nada, por el uniforme.

ÁNGEL.— Ah, claro, muy perspicaz.

CONTRERAS.— Sí, es que está en todo.

VECINA.— Por cierto, ¿dónde está el fotógrafo?

CONTRERAS.— (Al ÁNGEL.) ¿Ve? En todo. (A la VECINA.) Se fue para abajo para ir cogiendo sitio.

VECINA.— Es que es lo suyo. A ver si acabo, y me bajo yo también. (Tratando de desenredar los rulos.) ¿Será posible? (Inicia el mutis.) Y usted no se tire.

CONTRERAS.— Tranquila, que no me tiro.

VECINA.— Recuerde que me lo prometió.

ÁNGEL.— (A CONTRERAS.) ¿Ves? (A la VECINA.) Y usted vaya tranquila, que ya me quedo yo aquí cuidando de que no se tire.

VECINA.— (Hace mutis desenredándose el pelo.) Nada, que no hay manera. (Y vuelve a entrar de inmediato.) Oiga, aquí, a su Ángel, ¿no le apetecería una tacita de caldo?

ÁNGEL.— ¿Un caldo?

CONTRERAS.— (Para sí.) ¡Qué cruz, señor, qué cruz! (Al ÁNGEL.) Es que nos preparó un consomé. Muy rico, por cierto.

VECINA.— Como está así la mañana... Debe estar caliente todavía.

ÁNGEL.— Ah, no gracias, no se moleste.

VECINA.— Si no es molestia. Venga, que se lo preparo en un periquete.

ÁNGEL.— Señora, los ángeles no podemos tomar consomé. No tenemos cuerpo y, según lo fuera bebiendo se iría derramando. Vamos,

que lo pondría todo perdido.

VECINA.— Yo era por hacerle los honores. Pero si no puede... (*Y hace mutis.*)

CONTRERAS.— ¡Qué señora!

ÁNGEL.— Sí, encantadora. Y muy dispuesta.

CONTRERAS.— Dispuesta a todo. (*Yendo hacia el balcón D, en el que estaba la VECINA.*) Es... es que la cogía así por el cuello y se lo retorció como si fuera una gallina.

ÁNGEL.— Pero hijo, ¿cómo puedes decir esas cosas tan terribles? Con las oraciones tan bonitas que rezabas cuando eras pequeño:

«Cuatro esquinitas tiene mi cama,
cuatro Angelitos que me la guardan».

CONTRERAS.— Pues anda que no ha llovido desde entonces.

ÁNGEL.— O aquella otra:

«Jesusito de mi vida
eres niño como yo,
por eso te quiero tanto
y te doy mi corazón...».

CONTRERAS.— (*Subrayando con la gesticulación.*)

«Tómalo, tómalo.

Tuyo es. Mío no».

¡Por favor, padre! ¡O ángel! ¡O lo que sea! A ver si me va a dar el día con un *revival* poético.

ÁNGEL.— Un niño tan piadoso.

CONTRERAS.— ¡Piadoso yo?

ÁNGEL.— ¿Qué diría tu pobre madre si levantara la cabeza?

CONTRERAS.— Ya está bien, ¿eh? Y a mi madre, ni mentarla.

ÁNGEL.— No, di, ¿qué crees tú que te diría?

CONTRERAS.— Pues que me pusiera la bata, que iba a coger frío. Eso es lo que diría. (*Para sí.*) ¡No te jode?

Por el balcón de la VECINA (posición D) entra la MADRE, rigurosamente vestida de negro (o de morado), llevando en el brazo un batín gris a cuadros y un bolso de tela con una correa larga.

MADRE.— Toma, hijo, ponte la bata, que vas a coger frío.

CONTRERAS.— (*Al ÁNGEL.*) ¿Ve?

MADRE.— Está visto que no se te puede dejar solo.

CONTRERAS.— Pero mamá...

MADRE.— Póntela inmediatamente.

CONTRERAS.— Si es que es muy fea.

MADRE.— (*Autoritaria.*) Y sin rechistar, que tal como está el tiempo, es muy fácil coger un resfriado.

CONTRERAS.— Total, ya, para un rato, ¿qué necesidad hay?

MADRE.— ¡Que te la pongas, te digo!

ÁNGEL.— Diga usted que sí. Así es como tienen que comportarse las madres: con autoridad.

MADRE.— ¡Se puede saber a qué esperas?

CONTRERAS.— (*Poniéndosela de mala gana.*) Ea, ya está.

MADRE.— Abrochadita.

CONTRERAS.— Pero mamá...

MADRE.— Que te abroches, te digo.

CONTRERAS.— Bueno, pero solo el de en medio.

MADRE.— El de en medio, el de arriba y todos los demás.

CONTRERAS.— (*Refunfuñando.*) Jo.

MADRE.— (*Siempre autoritaria.*) Y el cinturón.

ÁNGEL.— (*Persuasivo y conciliador.*) No seas desobediente, hazle caso a tu madre.

CONTRERAS.— (*Para sí.*) Lo que faltaba. (*Al ÁNGEL.*) Como si necesitara refuerzos.

MADRE.— Y no le contestes, aquí al señor, que te lo está diciendo por tu bien.

Muy a lo lejos se escucha una sirena. Los tres miran en esa dirección.

CONTRERAS.— Menos mal. Ya iba siendo hora. (*Y da un paso hacia el borde con la única intención de asomarse.*)

ÁNGEL.— Detente, no lo hagas.

CONTRERAS.— ¿Qué pasa?

ÁNGEL.— (*A la MADRE.*) Señora, por favor, convénzale para que no lo haga.

MADRE.— Que no haga, ¿el qué?

ÁNGEL.— Que no se tire.

MADRE.— ¿Y por qué no?

ÁNGEL.— ¡Pero, señora!

MADRE.— Si se quiere tirar, ¿por qué no se va a poder tirar? ¿Quién se lo va a impedir, eh? ¿Quién se lo va a impedir?

ÁNGEL.— ¿Pero... pero... pero cómo puede decir una cosa así?

MADRE.— Siempre será mejor que esté en el cielo con su santa madre, que no aquí solo, con lo trasto que es.

ÁNGEL.— ¡En el cielo? ¿Este diablo en el cielo?

MADRE.— ¿Y por qué no?

CONTRERAS.— Di que sí, mamá.

MADRE.— Y tú, ven aquí. (*Mientras lo arregla.*) ¿Ve? No tiene apaño ni para ponerse una bata.

CONTRERAS.— (*Sin mucha convicción.*) Si está bien así.

MADRE.— (*Sacando un peine del bolso.*) Mírelo, hecho un desastre.

CONTRERAS.— No, eso no. (*Y tratando de apartarse.*)

ÁNGEL.— Señora, ese no es el problema.

MADRE.— Ah, ¿no? (*A su hijo.*) Que vengas, te he dicho. (*Y comienza a peinarlo bruscamente.*)

CONTRERAS.— (*Resistiéndose.*) ¡Ay, ay, ay!

MADRE.— En cuanto se le deja solo, fíjese qué calamidad. ¿Es que estos son pelos para un suicidio?

CONTRERAS.— (*Quejica.*) Ya está, ¿no?

MADRE.— Y estate quieto o te pelo al cero. (*Y continúa peinándolo con más energía.*)

CONTRERAS.— Es que me haces daño.

MADRE.— Todo el mundo mirando, y tú con estos pelos.

CONTRERAS.— Si es que hace viento.

MADRE.— (*Sacando el bote del bolso.*) Pues se echa uno laca. (*Y le pulveriza.*)

CONTRERAS.— (*Tapándose los ojos.*) En los ojos no. En los ojos no.

MADRE.— ¿Se da cuenta? Una calamidad.

ÁNGEL.— Sí, pero eso no significa que tenga que matarse para que pueda usted seguir peinándolo.

MADRE.— Mire, desde que el granuja de su padre se fue al infierno con el pretexto de unas fiebres pecadoras —que a saber lo que estará haciendo allí—, este niño no ha tenido más cariño ni más cuidado que el de su santa madre. Que en Gloria estoy. Así que a ver quién es el guapo que me va a impedir a mí que me lo lleve conmigo al otro mundo. (*Y lo aprieta contra sí, cogiéndolo por el cuello.*)

CONTRERAS.— ¡Ay, ay, ay! No aprietes tanto.

ÁNGEL.— Pero es que hay que acatar los designios divinos.

MADRE.— Mire, el niño es cosa mía. Y a Dios ya se lo diré yo cuando lo vea. Que seguro que él tiene asuntos más importantes que atender. (*Sin soltar a su hijo, ha guardado en el bolso la laca y el peine, y ha sacado un pañuelo.*) Suena.

CONTRERAS.— Pero si no tengo.

MADRE.— Que suenes, te he dicho.

CONTRERAS.— ¡Gruum!

MADRE.— Más fuerte.

CONTRERAS.— ¡Gruuuuum!

MADRE.— ¿Se imagina *usté* a Dios limpiándole los mocos?

ÁNGEL.— Yo no he dicho eso.

MADRE.— Para limpiarle los mocos a un hijo, no hay nadie como una madre.

ÁNGEL.— ¿No querrá que se quite la vida, solo para que usted pueda limpiarle los mocos?

MADRE.— Toma. ¿Y por qué no?

ÁNGEL.— Pues porque en el «otro mundo» no hay mocos.

MADRE.— ¿Qué sabrá usted de mocos? Entre una madre y un hijo, siempre tiene que haber mocos, o si no, qué clase de «otro mundo» iba a ser ese «otro mundo».

ÁNGEL.— ¡Esto es una locura!

MADRE.— ¿Una locura? ¿Los atascos nasales le parecen una locura? Si usted supiera lo que tenemos que sufrir las madres. Aquí donde lo ve, que parece que nunca ha roto un plato, no se puede usted ni imaginar la de barrabasadas que me ha hecho. ¡Si yo le contara!

ÁNGEL.— Qué me va usted a contar a mí, que soy su Ángel de la Guarda.

MADRE.— ¡Usted? ¡Usted su Ángel de la Guarda?

ÁNGEL.— Para servirle.

MADRE.— (*Poniéndose farruca.*) Pues ya tenía yo ganas de echarle la vista encima.

CONTRERAS.— (*Al ÁNGEL.*) Disculpe que no les haya presentado. Aquí, mi madre.

ÁNGEL.— (*Pese a la distancia, hace el intento de darle la mano.*) Tanto gusto.

MADRE.— (*Sin devolver el saludo.*) ¿O sea que era usted el encargado de vigilarlo?

ÁNGEL.— Bueno, sí, según se mire.

MADRE.— ¿Según se mire? Pues lo miraría con los ojos cerrados, porque

había que verlo, cómo volvía a casa: hecho un eccehomo.

ÁNGEL.— Verá, yo...

MADRE.— Y el destrozo de ropa, que no ganaba para culeras.

ÁNGEL.— Es que no paraba.

MADRE.— Y tanto que no paraba. Pero ya podía haberlo parado usted, como era su obligación.

ÁNGEL.— Es que los Ángeles tenemos que respetar el libre albedrío. Lo dicen las ordenanzas.

MADRE.— ¿En qué estará pensando su Ángel de la Guarda?, me preguntaba yo. Y ahora me lo explico. ¡Trasto de Ángel! Seguro que era el niño con peor Ángel de la Guarda de todo el barrio.

ÁNGEL.— Oiga, un respeto.

MADRE.— ¿Un respeto? ¡Menudo incompetente!

ÁNGEL.— Sin faltar, ¿eh?

MADRE.— Cómo se nota que no era usted quien tenía que pasarse las noches cosiendo pantalones.

ÁNGEL.— Es que la conservación del vestuario no es de nuestra incumbencia.

MADRE.— ¡Ah, no? Pues ya me contará qué es lo que sí es de su incumbencia.

ÁNGEL.— Bueno, yo...

MADRE.— Porque tampoco hizo gran cosa cuando se fue con aquella pelandusca, que a saber la de cochinas que le enseñaría.

CONTRERAS.— Pero si no hicimos nada.

MADRE.— Tú a callar. Guarro, que eres un guarro.

CONTRERAS.— De verdad, mamá; si solo estuvimos hablando.

MADRE.— Hablando, hablando. Si solo hubierais estado hablando, no te habría pegado aquella infección tan vergonzosa.

CONTRERAS.— ¡Mamá, por Dios! ¿Es que siempre tienes que contarle todo?

MADRE.— Este señor está al cabo de la calle. Que una cosa es que sea un incompetente y otra que no se entere de los pecados mortales. (Al ÁNGEL.) Porque al menos de eso sí se enteraría.

ÁNGEL.— Por supuesto. (Mostrando el cuaderno.) Mire, aquí lo tengo anotado.

MADRE.— Sí, pero que con anotarle no se arregla nada.

ÁNGEL.— Yo hice lo que pude.

Sobre la sirena que se oía en lontananza de

forma intermitente, se escucha ahora otra procedente de un lugar distinto.

ÁNGEL.— Pero es que el niño era mucho niño.

MADRE.— Como que tenía a quién salirle: al putero de su padre. Pero usted tenía que haberse impuesto.

ÁNGEL.— Es que los ángeles solo podemos aconsejar. No tenemos potestad para imponernos, así como usted, en plan farruco.

MADRE.— ¿Ah, no? Pues ahora bien que está tratando de impedirle que se venga conmigo al otro mundo.

Las sirenas se aproximan progresivamente.

ÁNGEL.— Porque es distinto. Es que ahora está en juego la salvación de su alma.

MADRE.— Mire, con matarse no hace daño a nadie.

CONTRERAS.— (*Con las manos juntas en actitud de rezar.*) Señor, los bomberos, que lleguen pronto los bomberos y que pongan la lona, o me tiro como sea.

ÁNGEL.— ¿Y el ejemplo, eh? ¿Qué me dice del ejemplo que les está dando a esos pobres niños?

MADRE.— Peor ejemplo da la tele. Y ninguna cadena ha ido al infierno todavía. Al menos que se sepa. Así que déjenos en paz.

Sobre la algarabía de sirenas, todos gritan desaforadamente para hacerse oír.

ÁNGEL.— Yo cumplo con mi deber.

MADRE.— ¿Con su deber?

ÁNGEL.— Sí, con mi deber.

MADRE.— A usted lo que le pasa es que es un aguafiestas.

Conforme los distintos vehículos van llegando a la calle, sus sirenas dejan de sonar, de forma que las últimas palabras que grita el ÁNGEL se escuchan con la escena en silencio.

ÁNGEL.— (*Fuera de sí.*) Y usted... usted... usted es una meapilas.

Ambos, en sus balcones respectivos, se abalanzan hacia el otro, en actitud amenazante, mientras CONTRERAS, interponiéndose,

trata de pacificarlos.

CONTRERAS.— (Al ÁNGEL.) Por favor, que hay niños mirando.

ÁNGEL.— Si es ella la que ha empezado.

MADRE.— ¿Yo? (Con gesto despectivo.) No tengo el más mínimo interés en discutir con semejante Angelote.

ÁNGEL.— ¿Angelote yo?

MADRE.— Un fantoche con alas, eso es lo que es.

CONTRERAS.— Por favor, mamá, déjalo ya.

ÁNGEL.— Ahora, esto no se va a quedar así.

MADRE.— ¿Ah, no?

ÁNGEL.— (Besando sus dedos en cruz.) De esto, por estas, doy parte al Altísimo.

MADRE.— Mire cómo tiemblo.

CONTRERAS.— ¡Mamá! (Al ÁNGEL.) Y usted, no le eche más leña al fuego. (A ambos.) Ya está bien, ¿no?

Desde abajo llega una voz ampliada por megafonía. Aunque ininteligible.

CONTRERAS.— ¿Qué dicen?

MADRE.— A saber. (Y, malhumorada, se va al otro extremo del balcón.)

CONTRERAS.— (Tratando de enterarse.) Es que se oye fatal.

ÁNGEL.— Que no saltes todavía. (Escucha.) Que te esperes, que van a quitar los coches.

CONTRERAS.— Hombre, menos mal, ya iba siendo hora.

El altavoz continúa aún con su perorata, cuando la VECINA llega muy apresurada y, sin reparar en nada ni en nadie, se abalanza sobre la barandilla (D) para mirar lo que está ocurriendo abajo.

VECINA.— Estos sí que son ya los bomberos. Y, mire, mire, han traído la escalera larga. ¿No se quejará?

CONTRERAS.— (Con cierto entusiasmo.) No, si al final, parece que se va animando.

VECINA.— Bueno, pues yo también estoy lista; así que me bajo corriendo, que no quiero perderme cuando pongan la lona.

Y sin advertir la presencia de la MADRE, que

ha quedado a su espalda, sale apresuradamente.

VECINA.— *(Desde dentro.)* Y espere a que llegue abajo. Me lo prometió.

CONTRERAS.— Descuide.

La VECINA, al caer en la cuenta de que está allí la MADRE, vuelve sobre sus pasos y sale de nuevo al balcón, perpleja y desconcertada.

VECINA.— ¿Y usted? ¿Cómo es que está usted aquí?

MADRE.— Pues ya ve.

VECINA.— Ah, claro, a ver al niño. Lo que no haga una madre por un hijo...

MADRE.— Y eso que sigo pachucha todavía, porque lo de morirme me sentó fatal, pero como usted dice: por un hijo...

VECINA.— Oiga, pues yo la veo muy mejorada. Y eso que las mortajas no favorecen nada.

MADRE.— El cambio de aires. Y la tranquilidad, que allí es que se está en la gloria. Ahora, fue verlo ahí, remoloneando en la cornisa y me vine para acá, que este niño ha sido siempre muy indeciso.

VECINA.— *(Reparando en ello.)* Ay, mire, y le ha traído la bata. Mejor, mucho mejor, pero que mucho mejor; dónde va a parar.

MADRE.— Pues la verdad es que sí.

VECINA.— Yo fui a decirle que se la pusiera, pero como él es tan suyo, pues me dio reparo. Ahora, ni punto de comparación; así, con la bata, parece un señor.

MADRE.— Y es que si no está una encima, lo que es por él...

VECINA.— Toda la razón; que desde que le dejó, anda el pobre muy desmejorado. A ver si ya, en la otra vida, se le pone de mejor color.

ÁNGEL.— *(Para sí.)* Nada. Lo que faltaba, otra animándolo.

MADRE.— Mire qué aspecto. Que a saber lo que comerá.

VECINA.— Eso, a saber.

CONTRERAS.— *(Para sí.)* Me tiro, me tiro, me tiro. Es que me tiro, aunque me mate.

VECINA.— Y yo les dejo, que he quedado en la calle para verlo con unas amigas.

MADRE.— Pues que se diviertan.

VECINA.— (A CONTRERAS.) Ah, y no se tire hasta que yo no esté abajo.

ÁNGEL.— (A la VECINA.) A ver, ¿cómo es eso? Pero si usted le decía que no se tirara.

VECINA.— Sí, claro, hasta que no acabara de arreglarme. (A CONTRERAS.) Y usted estese atento que, en cuanto llegue abajo, le hago una señal. (Al ÁNGEL.) ¡Ah! Y que mucho gusto en haberle conocido.

ÁNGEL.— (Para sí.) ¡Esto es de locos!

CONTRERAS.— (Por bajo, al ÁNGEL.) Se lo dije: dispuesta a todo.

VECINA.— (A la MADRE.) Y a usted, qué quiere que le diga: que me alegro de verla muerta.

MADRE.— Yo también me alegro. Y cuando quiera que nos volvamos a ver, ya sabe dónde me tiene.

VECINA.— Descuide, que ya me pasaré a hacerle una visita, pero más adelante. (Echando una ojeada a la calle.) ¡Uy! Pero si están los de la radio. Y los de la tele. (Y se acicala instintivamente.) Bueno bueno bueno, no se quejará.

CONTRERAS.— No, si no me quejo. (Para sí.) Que si me quejara...

MADRE.— (Mirando hacia abajo.) La verdad es que se ve muy animado.

VECINA.— Ya puede estar orgullosa.

MADRE.— Pues sí.

VECINA.— Quién se iba a imaginar que aquel mocoso, con perdón, que no levantaba dos palmos del suelo, se iba a tirar desde tan alto.

CONTRERAS.— ¡Pero no se iba usted ya?

VECINA.— Ay, sí sí sí. Enseguida me bajo; que no se diga que vamos con retraso por mi culpa. (Sale y vuelve a entrar de inmediato para decirle a la MADRE.) Y a ver si viene usted con más frecuencia.

MADRE.— Tendría que ser por algo muy sonado —algo así como esto—, porque si no, no dan permiso. Pero que cuando quiera se sube y volvemos a ser vecinas.

VECINA.— No sé. Pero es que, de momento, me apetece más seguir echándola de menos. Ahora, tiempo al tiempo, que todo se andará. (Despidiéndose de todos.) Bueno, lo dicho. (A CONTRERAS.) Y que tenga mucho éxito. (Mutis.)

CONTRERAS.— De los nervios. Me pone de los nervios.

ÁNGEL.— Una gran mujer.

CONTRERAS.— Con dos grandes tetas. Que no les quitaba ojo, aquí, el espíritu puro. Que no crea que no lo he visto.

MADRE.— Pero hijo, qué cosas dices.

CONTRERAS.— A mí que me la va a dar este cura de parroquia.

ÁNGEL.— (*Sin darse por aludido.*) Confieso que me ha sorprendido su actitud pro-suicidio; pero hay que reconocer que es una señora muy simpática.

CONTRERAS.— ¿Simpática? Una metomentodo, eso es lo que es.

MADRE.— Hijo, repórtate.

CONTRERAS.— Y porque se ha ido, que si se llega a quedar un minuto más, en vez de suicidarme yo, es que la cojo y la suicido a ella.

MADRE.— (*Al ÁNGEL, quitándole importancia.*) Siempre le tuvo manía. Desde niño. Y todo porque cuando la invitábamos a merendar, decía que se llevaba las galletas de chocolate. Cosas de críos.

CONTRERAS.— Como que se las llevaba. En la pechera se las metía; que habría que ver como se le pondrían las tetas cuando se le derretieran.

MADRE.— La verdad es que siempre fue algo cleptómana. Ahora, vecina donde las haya, que está por ver que le preguntes algo de lo que pasa en el barrio, y no te lo cuente todo con pelos y señales.

CONTRERAS.— Una cotilla, eso es lo que es. Como la del perro.

ÁNGEL.— ¿La del perro?

CONTRERAS.— Esa, su amiga. ¿Es que no la ve? La que no para de saludar.

MADRE.— (*Saludando a su vez.*) Pero si es doña Aurora.

CONTRERAS.— Tal para cual.

MADRE.— Cierto, que ella también es una buena vecina, siempre pendiente.

ÁNGEL.— Y muy atractiva, parece una artista de cine.

CONTRERAS.— Usted, mucho presumir de que los ángeles no tienen cuerpo, y de que si son espíritus puros, pero las tías le gustan macizas.

ÁNGEL.— Era solo un comentario estético.

CONTRERAS.— Sí, ya, estético.

MADRE.— Pues se conserva muy bien.

CONTRERAS.— No como el perro. Que vaya mierda de perro.

ÁNGEL.— Pues a mí me parece un perrito precioso.

CONTRERAS.— Qué sabrá un ángel de perros. (*Estalla.*) Y cálese ya: que si el perro..., que si la vecina... Estoy aquí tratando de salvar el mundo y usted no hace otra cosa que joder la marrana.

MADRE.— ¡Hijo, repórtate! ¿Pero qué expresiones son esas?

- ÁNGEL.— Escupe ahora mismo, o se te va a poner la boca negra por decir palabrotas.
- MADRE.— (Al ÁNGEL.) No diga majaderías. ¿Pero cómo se le va a poner la boca negra?
- ÁNGEL.— Oiga, señora, no me desautorice.
- MADRE.— Con razón no le hacía ni puñetero caso, es que tiene usted castigos de ángel caducado.
- ÁNGEL.— ¿Caducado? Tradicional. Lo que soy es un Ángel tradicional. Llevo toda la vida ejerciendo este oficio siguiendo la tradición y, que yo sepa, nadie se ha quejado.
- MADRE.— Porque la gente pasa de los ángeles.
- CONTRERAS.— ¡Pero es que no hay forma de suicidarse en paz? ¡Callaos de una vez!
- MADRE.— Oye, niño, un respeto. Y no te me pongas gallito porque haya venido la televisión.
- CONTRERAS.— (Refunfuñando.) Que no, mamá, que no es por eso.
- MADRE.— Y nada de refunfuñar.
- CONTRERAS.— Es que estoy harto ya de tanto incordio.
- MADRE.— Pues te tiras. Si estás harto, te tiras y asunto resuelto. Ahora, eso sí, te tiras con educación.
- CONTRERAS.— Si yo quiero tirarme, pero es que no me dejáis pensar.
- MADRE.— ¿Pensar? ¿Qué es eso de pensar? Tú no tienes ninguna necesidad de pensar. Así que déjate de tonterías y tírate ya de una vez.
- ÁNGEL.— No, si solo falta que le empuje.
- MADRE.— ¿Y por qué no? Además, ¿quién mejor que su madre? (Empujándole.)
- CONTRERAS.— (Agarrándose a la barandilla.) Espera, espera, espera; que antes tengo que decir un discurso.
- MADRE.— ¿Túuuu? (Gratamente sorprendida.) ¿Tú, un discurso? Eso es la popularidad, que se te ha subido a la cabeza.
- CONTRERAS.— Que no, que lo tenía pensado desde ayer. Iba a escribirlo y todo, pero llegó el Custodio este y me desconcentró. Aun así, no puedo saltar al vacío sin antes dirigirme al mundo.
- ÁNGEL.— (Enérgico.) Basta ya de contemplaciones. Estás escandalizando al vecindario y no te consiento...
- MADRE.— ¡Que no le consiente...? ¿No fue capaz de impedir que rompiera pantalones y va a venir ahora dando órdenes? Mire, levante el vuelo, si es que sabe volar, que lo dudo; y no se meta en lo

que no le importa.

ÁNGEL.— ¡¿Cómo que no me importa?!

La megafonía, que hasta ahora se escuchaba sin que se entendiera una sola palabra, por un momento se oye con claridad.

MEGAFONÍA.— Calma, calma, conserve la calma.

CONTRERAS.— (*Contestando a la megafonía.*) Pero si yo estoy muy tranquilo. Si son ellos, que no paran.

MEGAFONÍA.— Calma, y espere a que extendamos la lona. (*Y siguen ruidos.*)

CONTRERAS.— (*Observando cómo maniobran.*) Bueno, esto ya está mejor. (*Al ÁNGEL.*) ¿Ve? Con sus vallas, y no todos ahí, amontonados, que no había forma de tirarse sin matar a alguien.

MADRE.— (*También mirando.*) La verdad es que está quedando muy lucido.

CONTRERAS.— Porque llegó la Policía. Mano dura. Si es que es lo único que entienden.

ÁNGEL.— (*Con intención.*) Algunos ni eso.

MADRE.— Bueno, a ver si entienden ya la lona, para que te mates en blando.

ÁNGEL.— (*Para sí.*) Bueno, dentro de lo malo...

CONTRERAS.— (*Apartándose de la MADRE.*) ¿Y qué digo yo ahora?

MADRE.— ¿Se puede saber adónde vas?

CONTRERAS.— (*Para sí.*) Dichosos nervios. ¡Que me he quedado en blanco!

MADRE.— Hijo, vuelve aquí. Acércate para que te empuje. ¡Señor, qué lucha!

CONTRERAS.— ¡Lucha? Claro, ¡lucha!, como el Führer: «Mi lucha». Empezaré con una cita histórica. ¡Grandioso! Eso puede quedar...

A su espalda, encaramado en la techumbre del edificio (posición A), asoma un POLI armado con una metralleta.

POLI.— (*En precario equilibrio.*) ¡Alto, en nombre de la ley!

CONTRERAS.— ¡Coño! (*Y al volverse, tras el respingo, tiene que agitar los brazos en aspa para no caer.*)

MADRE.— ¿Pero qué atropello es este?

ÁNGEL.— Alabado sea Dios. Las fuerzas del orden.

POLI.— (*A la MADRE.*) Apártese, señora, que es un individuo muy peligroso.

MADRE.— ¿Mi hijo?

POLI.— ¿Ese es su hijo?

MADRE.— Sí, claro.

POLI.— ¿Seguro?

MADRE.— Si lo sabré yo, que soy su madre.

POLI.— ¿Lucio García Contreras?

CONTRERAS.— Servidor.

POLI.— Pues queda usted detenido. (*Y, torpemente, se desliza por el tejado de pizarra.*)

MADRE.— ¿Cómo es eso? Usted no es quién para detener a mi hijo.

ÁNGEL.— Ya iba siendo hora de que alguien impusiera la ley y el orden.

CONTRERAS.— (*Con actitud chulesca.*) ¿Y me piensa detener aquí en la cornisa, o a mitad de camino según vaya cayendo?

POLI.— Pues no sé, la orden no lo especifica. (*Y al mirar hacia abajo, el vértigo lo deja paralizado.*)

CONTRERAS.— ¿Le pasa algo?

POLI.— Creo que me estoy mareando.

CONTRERAS.— Vaya por Dios.

POLI.— (*Pidiendo apoyo a CONTRERAS.*) Por favor, ayúdeme.

CONTRERAS.— Pues no sé cómo. Mire, agárrese donde pueda, que es que yo ahora tengo que matarme, y no me puedo entretener en eso.

POLI.— (*Que acusará el mareo durante el resto de la escena.*) Pues va a tener que dejarlo para más tarde, porque antes tiene que venir conmigo a comisaría.

MADRE.— ¿A comisaría? ¡Pero usted qué se ha creído? (*Y trata de golpearlo con el bolso.*)

POLI.— Señora, por favor, no se meta en esto.

CONTRERAS.— Mamá. Déjalo ya. (*Dice, parando los golpes.*) Nada, que no hay manera de concentrarse. (*Al POLI, ofreciéndole la mano para ayudarlo a bajar.*) Y usted, venga, traiga, cójase a mí.

MADRE.— Déjalo que se rompa la crisma. (*Y como no le hace caso.*) ¿Pero quieres dejar de ayudarlo y saltar ya de una puñetera vez?

POLI.— Es inútil que salte. No va a poder huir. Está todo rodeado.

MADRE.— ¿Rodeado? Le voy a dar yo a usted rodeado. (*E intenta golpearle*

de nuevo con el bolso.)

CONTRERAS.— Mamá, por favor.

MADRE.— A mi hijo no lo rodea nadie. *(Y sigue dando bolsazos al aire.)*

POLI.— Estése quieta o dispare.

MADRE.— Lo que es por mí, ya puede usted empezar a desperdiciar balas. *(Y ofrece el torso desafiante.)*

POLI.— Mire que no respondo.

MADRE.— Dispare, dispare. ¿No ve que yo ya estoy muerta? Así que fígrese, las balas a mí.

POLI.— ¡Mecachis! *(Al tratar de apuntarla con el arma, vuelve a perder el equilibrio y tiene que agarrarse a las tejas de pizarra como una salamandra.)* ¡Ay! ¡Ay!

ÁNGEL.— *(Al POLI.)* ¿Pero qué le ocurre?

CONTRERAS.— ¿Le pasa algo?

POLI.— Me da vueltas. Todo me da vueltas. *(Con la metralleta en una de las manos, trepa como puede por la cubierta de pizarra, tratando de retroceder.)* Creo que tengo vértigo.

MADRE.— *(Sin dejar de dar bolsazos a la menor oportunidad.)* Pues no sabe lo que me alegro. Y le está bien empleado; por venir a detener.

CONTRERAS.— Mamá, déjalo ya. ¿No ves que lo vas a tirar?

MADRE.— Mira, ojalá se cayera, y así, ya de paso, veíamos cómo funciona la lona.

ÁNGEL.— Señora, tenga un poco de caridad cristiana.

MADRE.— Que la tenga él primero. Que a ver quién le manda venir a rodear cuando estamos de suicidio.

POLI.— El comisario. Me manda el comisario. *(Y añade lastimero.)* Yo, yo yo, yo cumpla órdenes. O si no, ¿de qué me iba a subir aquí, con el miedo que me dan las alturas? *(Y comienzan a darle arcadas.)*

CONTRERAS.— Oiga, a ver si nos va a echar la pota encima.

POLI.— ¡Puaaaagggg! ¡Puaaaagggg! *(Encaramado en la parte más alta del tejado, vomita hacia la otra vertiente de la cubierta.)*

CONTRERAS.— *(Apartándose por si acaso.)* ¿Será posible?

MADRE.— Qué asco.

ÁNGEL.— No, si no nos va a faltar de nada.

POLI.— *(Cuando termina de vomitar, según se vuelve, pierde de nuevo el equilibrio y baja escurriéndose por las pizarras.)* ¡Ay! ¡Ay ay ay!

CONTRERAS.— ¡Cuidado! *(Sujetándole un pie.)* Apoye, apóyese usted aquí.

POLI.— ¡Ay, Dios! ¿Quién me mandaría a mí?

MADRE.— *(Sarcástica.)* El comisario, ¿no? *(Para sí.)* ¡Trasto de hombre! *(A su hijo.)* Y tú, no seas tonto y déjalo que se escoñe.

ÁNGEL.— Señora, modérese.

MADRE.— ¡Tanto rodear y tanto rodear!

ÁNGEL.— *(Cogiéndole el otro pie.)* Traiga, póngalo en la barandilla. *(Y le conduce el pie para que lo apoye.)*

POLI.— *(Viendo que se cae.)* ¡Ay, no no! *(Y no sabe qué hacer con la metralleta.)*

CONTRERAS.— *(Cogiéndole la metralleta.)* Deme, démela, que se le va a caer y va a matar a alguien.

MADRE.— ¿Quieres dejar ya que se caiga? *(Dice al tiempo que trata de darle un bolsazo.)*

CONTRERAS.— *(Parando el bolsazo.)* Ay, mamá, por favor, estate quieta, que nos vas a tirar a los dos.

ÁNGEL.— Es que es usted peor que él.

CONTRERAS.— *(Se cuelga la metralleta a la espalda en bandolera y, cogiendo a POLI de la mano, lo acerca a la barandilla. Posición B.)* Coja, agárrese aquí.

El POLI, con los pies ya en la cornisa que hay entre los dos balcones (posición C), como no es consciente de dónde está, avanza un paso y frena, al borde del abismo.

POLI.— ¡Ave María Purísima!

ÁNGEL.— *(Automático. Como un resorte.)* Sin pecado concebida.

Auxiliado por CONTRERAS, retrocede y pega la espalda a la cubierta. Y así permanecerá durante el resto de la escena, hasta que no se indique lo contrario.

MADRE.— ¿Y se puede saber qué es lo que tiene el comisario contra mi niño?

POLI.— Su niño, señora, se ha escapado de la cárcel.

CONTRERAS.— *(Al POLI, por bajo.)* Chis, chis. ¿Se quiere callar?

MADRE.— ¡Mi niño?

POLI.— Sí, señora, su niño. Llevándose al capellán como rehén.

ÁNGEL.— ¡Al capellán?

CONTRERAS.— Lo puedo explicar, lo puedo explicar. Yo... Él...Yo...

ÁNGEL.— ¡Has raptado a un Apóstol de Cristo?

CONTRERAS.— Eso es lo que ellos creen, pero que lo explico. Lo puedo explicar.

MADRE.— Pues explica, explica. Pero explícalo ya.

ÁNGEL.— Sí, anda, explícalo. Que ya te vale.

CONTRERAS.— Se ofreció él. Él fue quien se ofreció para hacer de rehén.

MADRE.— ¿El capellán?

CONTRERAS.— Sí, porque es un cura de los de verdad. Un cura con sota-na y no así como usted.

ÁNGEL.— Déjate de tonterías. ¿Pero cómo iba a prestarse un sacerdote a semejante cosa?

CONTRERAS.— Sí. Porque decía que era de los nuestros.

ÁNGEL.— ¿De los nuestros? ¿Qué nuestros? ¿Quiénes son los nuestros?

CONTRERAS.— Pues los que piensan como nosotros.

MADRE.— ¿Y desde cuándo te ha dado a ti por ponerte a pensar?

ÁNGEL.— ¿Pero qué es eso de nosotros?, ¿quiénes sois nosotros?

CONTRERAS.— Gente auténtica. Patriotas de los que ya no quedan. Al cabecilla —él fue el que me presentó al cura— lo conocí en la cárcel.

MADRE.— ¿En la cárcel? ¿Y qué hacías tú en la cárcel?

CONTRERAS.— Bueno, yo... yo es que...

MADRE.— ¿Qué se te había perdido a ti en la cárcel, con la de delincuentes que hay en esos sitios?

POLI.— Señora, estaba detenido.

MADRE.— ¡¿Te habían detenido?! ¿A ti? (Al POLI.)¿Pero, por qué?

POLI.— Por comerse la oreja de su jefe de sección.

MADRE.— Caballero, mi hijo no es ningún caníbal.

POLI.— ¿Ah, no? Pues si no lo sujetan, se come también la otra.

ÁNGEL.— ¡Dios, qué expediente! A ver cómo le explico yo esto al Altísimo.

CONTRERAS.— Lo puedo explicar.

ÁNGEL.— Estupendo, porque se lo vas a tener que explicar tú; que lo que es yo...

CONTRERAS.— No fue como él dice. Se la arranqué de un mordisco, sí, pero no me la tragué.

POLI.— Eso es verdad, solo la masticó.

MADRE.— (Con repugnancia.) ¡Le masticaste la oreja a un superior?

CONTRERAS.— Nada, un poco solo, pero enseguida la escupí.

POLI.— Sí, ya. Y en qué se vieron para sacársela de la boca.

MADRE.— ¡Pero se la comió, o no se la comió?!

POLI.— Bueno, tragársela, no.

MADRE.— Entonces, ¿por qué exagera? Que se comió la oreja, dice. Así que métaselo en la cabeza y no diga más tonterías: mi hijo no es ningún caníbal. Si lo sabré yo, que soy su madre.

ÁNGEL.— En cualquier caso, reconozca que no son modales.

CONTRERAS.— Fue en defensa propia.

POLI.— ¿A eso le llamas tú defensa propia?

CONTRERAS.— Me quería despedir.

ÁNGEL.— Pues se lleva el caso a magistratura.

MADRE.— Usted a callar. Que usted es quien tiene la culpa de todo.

ÁNGEL.— ¿Yo?

MADRE.— Sí, usted, que nada de esto le habría pasado si hubiera estado allí para defenderlo.

ÁNGEL.— En caso de despido, quien tiene que defenderlo es el sindicato.

MADRE.— ¿Qué sindicato ni qué sindicato? Mi hijo no es ningún proletario, para que lo tenga que defender un sindicato. Ahora, si su ángel le ha salido rana, aquí está su madre para defenderlo.

ÁNGEL.— Señora, usted está muerta, conque poco puede defenderlo ya.

MADRE.— (Al ÁNGEL.) ¿Y qué? Las madres defendemos a nuestros hijos hasta después de muertas. (Dándole la espalda.) Y mire, olvídeme.

POLI.— (Perplejo.) ¡Muerta? ¿Cómo muerta? ¿Qué es eso de que está muerta?

CONTRERAS.— Pues eso, que está muerta.

MADRE.— Sí, muerta, ya se lo dije antes.

POLI.— A ver a ver a ver. ¿Entonces, si está muerta, que es lo que hace ahí, asomada al balcón?

CONTRERAS.— Mamá, es que ha venido en calidad de aparecida.

ÁNGEL.— De fantasma.

MADRE.— (Sin mirarlo siquiera.) Y a mucha honra.

ÁNGEL.— No. Si, con un hijo así, es como para estar orgullosa de ser su fantasma.

MADRE.— (Encarándose.) Mire usted quién fue a hablar: el inútil de su Ángel de la Guarda.

POLI.— (Mira al ÁNGEL, en el que no había reparado antes.) ¡Es verdad! ¡Es un Ángel de la Guarda! (Y vuelve a marearse, perdiendo el equilibrio.)

CONTRERAS.— (Lanzándose a sujetarlo.) Agárrese a la barandilla o se la

pega.

POLI.— (*Frotándose los ojos.*) El vértigo. Tiene que ser el vértigo que me hace ver visiones. (*A CONTRERAS, incrédulo.*) ¿Un ángel? ¿De verdad es un ángel?

CONTRERAS.— Eso dice él.

POLI.— Ya. (*Y mira a la MADRE.*) Y ella, muerta, claro.

CONTRERAS.— Eso sí que se lo puedo asegurar, porque como es mi madre...

POLI.— Cuando lo cuente, no se lo van a creer.

CONTRERAS.— (*Para sí.*) Qué manía con querer contarle todo, para que nadie se lo crea.

MADRE.— (*Recapacitando.*) ¿Y qué habías hecho tú para que te quisieran despedir? Porque algo habrías hecho.

CONTRERAS.— Nada. Si todo fue porque quería publicar un artículo.

MADRE.— Algo más harías, porque por eso no se despide a nadie.

POLI.— (*Con soniquete.*) Cuenta, cuenta; cuenta lo que ponías en el artículo.

CONTRERAS.— Pero si no fue por eso. Si fue porque decían que yo era fotógrafo.

MADRE.— Sí señor, y muy bueno.

ÁNGEL.— Tampoco se pase. Un paparazzi. Y del montón.

MADRE.— ¿Un paparazzi? (*Dando bolsazos al aire.*) ¿Mi hijo un paparazzi?

CONTRERAS.— (*Interponiéndose.*) Un foterito, un foterito. Y tengamos la fiesta en paz. (*Y cuando el revuelo amaina.*) Ahora, que conste: yo seré un foterito, pero también he hecho periodismo de investigación.

POLI.— ¿Tú?

CONTRERAS.— Cuando era joven. Antes de darme el golpe la cabeza.

MADRE.— Nada, un golpe sin importancia. Que se cayó rodando por un acantilado. Pero nada serio. Cosas de críos.

ÁNGEL.— ¿De críos? ¡Tenía treinta años!

MADRE.— Pues eso: cosas de críos.

CONTRERAS.— Pero ellos dijeron que, de tanto rodar, se me habían trastocado las ideas, y me largaron de la redacción. Por eso no quieren que escriba editoriales.

MADRE.— La envidia, que es muy mala.

CONTRERAS.— Pero yo sigo investigando por mi cuenta; y he descubierto cosas que el mundo tiene que conocer.

ÁNGEL.— ¡¿Tú?! Vamos, anda.

MADRE.— No te fastidia, el angelote. A ver por qué mi hijo no va a poder investigar.

CONTRERAS.— Eso, eso. Pero no solo investigar, es que además tuve una revelación.

ÁNGEL.— ¡Arrea!

CONTRERAS.— Oí voces.

POLI.— El Garganta Profunda, seguro.

CONTRERAS.— Mensajes que debía revelar a la humanidad.

MADRE.— Pero eso es extraordinario.

ÁNGEL.— No sé qué le ve de extraordinario a que un fotógrafo se dedique a revelar.

MADRE.— Ni maldita la gracia.

ÁNGEL.— (*Dice al tiempo que bascula los dedos índice y pulgar.*) Revelar, revelación.

CONTRERAS.— No se esfuerce, que lo hemos entendido.

POLI.— (*Para sí.*) No es verdad. Esto no está pasando.

MADRE.— Como gracioso es peor aún que como Ángel de la Guarda.

POLI.— (*Que continúa mascullando.*) No estoy oyendo lo que estoy oyendo. Tiene que ser del vértigo.

ÁNGEL.— ¡Una revelación! Y se queda tan pancho. ¿Ve? La enajenación mental sí podría ser un atenuante en el juicio.

MADRE.— ¿En el juicio? ¿Qué juicio?

ÁNGEL.— En el juicio final. ¿En qué juicio va a ser?

POLI.— Y aquí en los tribunales, seguro que también.

CONTRERAS.— ¡Ay, mira, déjalos! Que nos van a amargar la fiesta.

MADRE.— Tienes razón, que digan lo que quieran, que nosotros, ni caso. Y dime, esas voces, ¿qué es lo que te decían?

CONTRERAS.— Que mirara en Internet.

MADRE.— ¿En Internet? ¿Y eso qué es?

CONTRERAS.— Un sitio en el que se cuentan las verdades ocultas. Cosas terribles que no te cuentan los telediarios. Así que lo fui apuntando todo y escribí un editorial.

MADRE.— Bien hecho.

CONTRERAS.— Por eso querían echarme, porque exigí que me lo publicaran. Pero nadie más que ellos puede escribir editoriales.

MADRE.— Pero..., ellos, ¿quiénes?

ÁNGEL.— Sí, ¿quiénes son ellos?

CONTRERAS.— Los infiltrados.

POLI.— (*Estallando.*) ¡¿Pero qué infiltrados?!

CONTRERAS.— Dicen que son periodistas, actúan como periodistas, pero son infiltrados: Lacayos del Capital. Esquiroles de la Banca Internacional.

MADRE.— ¡Hijo, modérate!

CONTRERAS.— Ellos son los que se inventan la crisis, los que administran los escándalos, los que organizan las catástrofes. Con la caída del Muro de Berlín y el desmantelamiento de las Repúblicas Socialistas Soviéticas...

MADRE.— (*Aterrada.*) ¡Eso es política! Estás hablando de política.

CONTRERAS.— Sí, pero escucha.

MADRE.— Hijo, déjate de políticas ¿O qué quieres, acabar como el rojo de tu padre, lleno de enfermedades guarras?

CONTRERAS.— ¡Ay! Pero déjame acabar.

MADRE.— No, si la culpa es mía por haberte abandonado: un niño aquí solo, sin el amparo de su madre. Que no sé quién me mandaría morirme.

ÁNGEL.— Dios.

MADRE.— ¿Cómo?

ÁNGEL.— Sí, que fue Dios quien le mandó morirse.

MADRE.— Pues no tenía que haberle hecho caso.

POLI.— ¿Pero por qué me tienen que tocar a mí estos servicios con la cantidad de delincuentes normales que hay por ahí?

CONTRERAS.— (*Imponiéndose.*) ¿Sabéis quién inventó el virus ese que dicen que había? Las multinacionales. Ellas fueron las que se lo encargaron a los chinos. Como ven que ya no hay forma de hacer más guerras mundiales, quieren sustituir el negocio de las armas por el de las vacunas. De eso trata el artículo que no me han querido publicar.

MADRE.— (*Al POLI.*) Escuche, escuche.

CONTRERAS.— Están haciendo con nosotros como con los ordenadores. Primero nos infectan y luego nos venden los antivirus. Pero ojo con las vacunas, que tienen mucho peligro. Quieren imponer un Nuevo Orden Mundial y para poder controlarnos mejor les han incorporado un *chic*.

MADRE.— ¿Un *chí*?

CONTRERAS.— Sí, una cosa pequeñita que nos meten en la sangre para controlarnos. Nos quieren convertir en borregos; y las mascarillas no son sino un primer paso para irnos domesticando.

MADRE.— (*Al POLI.*) ¿Pero está usted oyendo?

POLI.— Por mí, como si dice misa. Esto es una democracia y hablar no es delito. Ahora, si mastica una oreja, aunque no se la trague, no hay más narices que llevarlo ante un juez.

CONTRERAS.— Por eso hay que negarse. Tenemos que resistir: nada de mascarillas, nada de vacunas, y si nos obligan a vacunarnos, habrá que levantarse en armas.

POLI.— Al loro con el nuevo Código Penal, que eso es inducción a la violencia.

MADRE.— (*Sin saber qué actitud tomar.*) Hijo, dices unas cosas que me parece estar oyendo al bolchevique de tu padre.

POLI.— Señora, su hijo qué va a ser un bolchevique. Su hijo es un fotógrafo de brocha gorda.

MADRE.— ¿De brocha gorda? ¿Qué es eso de...?

POLI.— Sí, un nazi.

MADRE.— Pero, ¿qué dice? ¿Qué tontería está diciendo? ¿Cómo va a ser un nazi, si ni siquiera es alemán?

POLI.— Pues un *pirao*, o un necio, o un majara. Llámelo como quiera. Ahora hay quien los llama negacionistas. Pero lo llame como lo llame, en el fondo lo que es, es un imbécil. Por eso hay que andarse con cuidado, que los imbéciles pueden dar mucho juego creando problemas.

CONTRERAS.— Un abanderado del Nuevo Orden Mundial, eso es lo que soy.

ÁNGEL.— A ver, a ver, a ver, que yo me aclare, ¿pero no decías que estabas en contra? ¿O tú con quién vas?

CONTRERAS.— Yo con quien gane.

ÁNGEL.— ¡Acabáramos!

CONTRERAS.— Con unos o con otros, ¿qué más da? Si me lo hubieran publicado, iría con ellos; pero como me lo prohibieron, ahora me van a tener enfrente.

POLI.— ¿Ve? Lo que yo le decía: de brocha gorda.

CONTRERAS.— Cuando salte al vacío, la gente preguntará por qué lo hice y, cuando se sepa el motivo, no tendrán más remedio que publicarlo, porque los lectores se lo exigirán. Y no solo ese artículo, también todos los demás.

MADRE.— ¿Pero es que has escrito más?

CONTRERAS.— Por supuesto. Los campos de concentración y lo de los hornos crematorios son películas que rodaron en Hollywood. Como la llegada del hombre a la Luna, otra patraña.

MADRE.— Este hijo mío es un portento.

CONTRERAS.— Nos engañan constantemente: fijate que la Tierra, que nos habían hecho creer que era redonda como una naranja, ahora resulta que es plana como una galleta.

POLI.— *(Para sí.)* Y además, terraplanista.

MADRE.— ¿En serio?

CONTRERAS.— Como lo oyes.

MADRE.— ¿Y cómo te has enterado tú de todo eso?

CONTRERAS.— Por Internet. Todo está en Internet. Luego hay que investigar, claro, y contrastar las informaciones. *(Dándose importancia.)* Aunque eso ya es otro nivel. *(Coge la bolsa en la que guarda los panfletos.)*

MADRE.— ¿Están oyendo? Es que es extraordinario. Puede ganar el Nobel.

POLI.— Sí, el Nobel de panadería, que menuda empanada.

MADRE.— ¿A que sí?

POLI.— Señora, resucite y ponga los pies en la tierra.

ÁNGEL.— Pierdo el puesto. De esta, como poco, me mandan a purgatorios.

CONTRERAS.— *(Con los panfletos en la mano.)* ¿Qué creían, que iban a poder con nosotros? Pues se equivocan. Somos más de lo que se imaginan. Y más que vamos a ser. Hay mucha gente por ahí sin ilusión, sin ideales y sin futuro, que cuando conozcan mi mensaje me seguirán hasta la muerte.

POLI.— Pues vaya un porvenir.

CONTRERAS.— *(Mostrando los panfletos.)* El capellán fue quien hizo las fotocopias. *(Al POLI.)* Y no crea que fue difícil escapar; también hay funcionarios que están de nuestra parte. *(En actitud solemne.)* Por eso, ahora, gracias al esfuerzo de mis camaradas, y delante de las cámaras de la televisión, lanzo al mundo mi mensaje.

La VECINA irrumpe en la terraza de enfrente (posición E), seguida de FOTO, cámara en ristre.

ÁNGEL.— *(Para sí.)* Los que faltaban.

CONTRERAS.— *(Lanzando un puñado de panfletos.)* Mi lucha... Mi lucha... Mi lucha es mi lucha.

VECINA.— *(Refiriéndose a las octavillas que revolotean en todas direcciones.)*

Huy, qué bonito. Podía habérmelo dicho, que tengo yo confetis que me sobraron del carnaval.

A partir de este momento, cuando cualquiera de ellos hable con alguien que esté situado en la casa de enfrente, lo hará con el tono y la actitud de quienes se comunican a distancia, pero sin excederse, porque la calle tampoco es tan ancha.

FOTO.— ¿Pero cómo no me avisó de que iba a tirar octavillas?

CONTRERAS.— (A FOTO.) ¿Y tú que haces ahí? ¿Cómo es que te has subido?

FOTO.— Por coger este otro ángulo. (Sin dejar de fotografiarlo.) Pero tiremelas, tírelas hacia mí.

CONTRERAS.— (Lanzando un puñado de octavillas hacia la terraza de enfrente.) ¿Así?

FOTO.— Estupendo.

POLI.— ¿Y esos, quiénes son?

ÁNGEL.— La vecina y un fotógrafo de «La Voz de su Amo». Creo.

POLI.— ¿Pero están vivos?

ÁNGEL.— De momento sí.

CONTRERAS.— (Que sigue tirando octavillas y posando.) Mi lucha es mi lucha.

FOTO.— Muy bien. (Sin dejar de fotografiarlo.) ¡Espléndido!

VECINA.— ¡Oiga! ¿Pero cuándo se va a tirar?

CONTRERAS.— (Al reparar en la VECINA.) ¡Maldición!

VECINA.— Que no es que tengamos prisa. Es, más que nada, por saber.

CONTRERAS.— ¡Pero usted qué es lo que hace ahí?

VECINA.— Doña Aurora, que nos ha invitado a que lo veamos desde su terraza. Que dice que desde aquí se a ver mucho mejor. Y es verdad, porque se ve muy bien.

CONTRERAS.— (Para sí.) Señor, qué pesadilla.

VECINA.— Ella es que ha tenido que llevar el perro a la peluquería, pero que viene enseguida. Si pudiera esperarla...

FOTO.— Tampoco conviene retrasarse demasiado. (A CONTRERAS.) Por la hora del cierre. Ya sabe cómo son en el periódico.

VECINA.— Pero si sube enseguida.

CONTRERAS.— Yo es que ahora tengo una misión que cumplir.

MADRE.— Cállense. No lo distraigan. ¿No ven que está cambiando el mundo?

POLI.— ¿Pero cómo va a cambiar el mundo con esos papeluchos? Mire, señora, ¿cómo se lo tengo que decir? Su hijo es un imbécil. Un cretino.

MADRE.— (*Dándole un bolsazo.*) ¡¿Un imbécil, mi hijo?!

POLI.— Que por lo que veo, no desentona.

MADRE.— (*Y nuevo bolsazo.*) ¡¿Mi hijo, un cretino?!

POLI.— (*Cogiendo el bolso al vuelo.*) Sí, un imbécil, un cretino, un insensato, un papanatas, un necio. (*Y, de un tirón, le arranca el bolso de la mano.*) Y no hay nada tan peligroso como un necio defendiendo una necesidad.

CONTRERAS.— (*Tras tirar las últimas octavillas, coge la metralleta del POLI, que ahora lleva él en bandolera, y, elevándola sobre su cabeza, grita.*) ¡Viva el Orden Nuevo!

ÁNGEL.— Se equivoca. Hay algo mucho más peligroso.

POLI.— ¿Sí? ¿Qué?

ÁNGEL.— Un necio defendiendo una necesidad con un arma en la mano.

POLI.— (*Reacciona.*) ¡Cielos, la metralleta! Deme eso ahora mismo.

CONTRERAS.— ¡Viva el Orden Nuevo!

ÁNGEL.— Pero aclárate: si tú estabas en contra del Orden Nuevo ese.

CONTRERAS.— Qué más da. En llegando a este punto, eso es lo de menos.

POLI.— Que me la des, te digo.

CONTRERAS.— (*Apuntando al POLI.*) Quieto ahí o acabamos la fiesta a tiro limpio.

El POLI pone los brazos en alto.

MADRE.— Hijo, ten cuidado, no vayas a hacerte daño. Que las armas las carga el diablo.

ÁNGEL.— (*Al POLI.*) ¿Ve lo que pasa por poner las armas en manos de cualquiera?

POLI.— ¡Me mareé!

ÁNGEL.— Pues esperemos que con ese mareo, no pierda la cabeza más de uno.

CONTRERAS.— (*Autoritario.*) Y ya está bien de conversación. (*Al POLI.*) Usted a callar. (*Al ÁNGEL.*) Y usted, si es de verdad un ángel, mueva las alas y salga de aquí volando.

ÁNGEL.— (*Al POLI.*) ¿Se lo dije?

MADRE.— Hijo, más respeto; que, aunque sea un inútil, al fin y al cabo es tu Ángel de la Guarda.

DOÑA AURORA.— *(Según entra en la terraza, posición E.)* Ya estoy aquí. Ya estoy aquí.

VECINA.— *(A FOTO.)* ¿Ve como no tardaba? *(A CONTRERAS.)* ¡Que ya ha venido! ¡Que ya se puede usted tirar!

CONTRERAS.— *(Dirigiéndose a DOÑA AURORA, hecho una fiera.)* ¡¿Se puede saber qué es lo que hace ahí?!

DOÑA AURORA.— Bueno, yo...

MADRE.— *(Que la reconoce.)* Si es doña Aurora. *(Y la saluda cordialmente con la mano.)*

VECINA.— ¿Pero es que no la conoce?

CONTRERAS.— Sé perfectamente quién es. Lo que quiero saber es qué coño hace ahí.

MADRE.— Hijo, más respeto, que es una señora.

DOÑA AURORA.— Pues lo que todos: ver cómo se tira.

CONTRERAS.— ¡Fuera!

MADRE.— Está en su casa. Bueno, en su terraza.

CONTRERAS.— *(Para sí, muy avenado.)* ¡No la soporto! ¡Es que no la soporto!

DOÑA AURORA.— ¿Pero se va tirar, o no? Es que la gente se va a ir si tarda usted demasiado.

CONTRERAS.— *(Apunta con la metralleta a DOÑA AURORA.)* ¡Guarra de mierda! *(Y comienza a disparar sobre ella.)*

DOÑA AURORA cae herida y la VECINA corre a su lado para auxiliarla. Al tiempo que el ÁNGEL, espantado, se tapa el rostro con el reverso de la mano con actitud melodramática, y la MADRE lo celebra divertida, con aplausos pequeños y nerviosos.

MADRE.— ¡La traca! ¡La traca! ¡La traca final!

POLI.— *(Reacciona automáticamente.)* Alto o disparo. *(Encogiéndose al ver que no tiene con qué.)*

CONTRERAS.— ¿Que disparas? ¡Con qué coño vas a disparar tú? Aquí quien dispara soy yo. *(Dice, mientras dispara sobre él.)*

POLI.— Esto sí que es un mareo. *(Y desliza su espalda por la cubierta de pizarra hasta quedar abatido en la cornisa.)*

DOÑA AURORA.— *(Moribunda, dice jadeante:)* Vecina, vaya usted a recoger al perro a la peluquería. *(Y muere.)*

FOTO.— *(Que no ha dejado de tomar fotos.)* Hacia aquí, hacia aquí, dispare

hacia aquí, que le saque de frente.

CONTRERAS.— *¿Así? (Y le dispara una ráfaga.)*

FOTO.— *(Sin dejar de accionar el disparador.) ¡Esta, esta va ser la buena! (Y muere cámara en ristre.)*

MADRE.— Hijo, contento, que te vas a quedar sin balas para ti.

ÁNGEL.— Por eso no se preocupe, que ya le dispararán desde abajo.

CONTRERAS busca a la VECINA, que, agachada junto a DOÑA AURORA, no queda visible desde su posición.

CONTRERAS.— *(Para sí.) ¿Dónde estará esta? (Y la llama.) ¡Vecina!*

VECINA.— *(Incorporándose.)* Estoy aquí.

CONTRERAS.— *(Disparando a la VECINA.)* Te pillé.

VECINA.— *(Corre, tratando de escapar.)* A mí no, a mí no, que soy tu vecina. *(Hasta que es alcanzada por los disparos, cae y muere.)*

CONTRERAS.— Y que no le tenía ganas.

ÁNGEL.— El Señor la acoja en su seno.

MADRE.— No, si al final vamos a volver a ser vecinas antes de lo que ella creía.

CONTRERAS.— *¡Viva el Orden Nuevo! (Y vacía el cargador a diestro y siniestro, hasta agotar la munición, sin herir ni a la MADRE ni al ÁNGEL DE LA GUARDA, por razones obvias.)*

A los gritos que se oían en la calle de gente que huía despavorida, se suman los disparos que las fuerzas de orden público hacen sobre CONTRERAS.

CONTRERAS.— *(Al ser alcanzado por los disparos, grita.) ¡Viva la muerte! (Y cae al vacío, tras lo que se escuchará un golpe seco.)*

Salpicaduras de sangre de gran tamaño se proyectan sobre la escenografía.

MADRE.— Pero hijo, ¿cómo es que te matas sin antes darle un beso a tu madre?

ÁNGEL.— *(Elevando la vista al cielo.)* A ver cómo explico yo esto ahora.

MADRE.— ¿Y por qué habrán soltado la lona los bomberos? Total, por unos disparos de nada.

ÁNGEL.— *(Mirando a la MADRE con conmiseración.)* En fin, alegraré en su

defensa: estupidez hereditaria. No se me ocurre un atenuante mejor.

MADRE.— Pobre hijo mío. Con lo duro que tiene que ser matarse sin lona.

Y así, permanecen inmóviles mientras se hace el OSCURO, o cae el TELÓN.

FINAL ALTERNATIVO

En los teatros en los que no se disponga de foso practicable con apertura suficiente para instalar un dispositivo amortiguador que garantice la seguridad del actor cuando cae a la calle, CONTRERAS morirá, junto a POLI, en la cornisa.

Para dar mayor veracidad a la escena, pueden estallarse ampollas de sangre bajo el pijama; recurso que puede emplearse igualmente con DOÑA AURORA, POLI, FOTO y VECINA, si el presupuesto de vestuario y tinteroería lo permitiera.

En este final alternativo tendrían que suprimirse las intervenciones de la MADRE que hacen referencia a la caída, de forma que sería el ÁNGEL quien cerraría la obra, uniendo sus dos últimas intervenciones.

